

Antología

UVG

UNIVERSIDAD
DEL VALLE
DE GUATEMALA



La desaparición de las flores

Dan Isaí Álvarez Ruano

UVG
UNIVERSIDAD
DEL VALLE
DE GUATEMALA

EDITORIAL
UNIVERSITARIA

KOPIA

Prólogo:

La Desaparición de las Flores es la recopilación de dos años de mañanas, tardes y noches frente a la computadora, con el cursor parpadeando, instándome, a veces retándome a escribir. Es también una forma de exploración personal, es el recuerdo de trece veces en las que me senté a escribir y me puse de pie con una historia entre los dedos, sonriendo, gritando por mostrársela al mundo. Y a su vez, es la frustración y agonía de todas aquellas historias que quedaron condenadas a borradores, aquellas historias incompletas, aquellos personajes a medias, que se quedaron con las palabras encadenadas tras labios que nunca más me atreví a abrir. Finalmente, es dolor y corazones rotos. Habré escrito algunas de sus letras con ojos llorosos, quizá algo del agua salada se entremezcló con las palabras; ya lo leerán a ustedes.

Este libro es la culminación de un sueño que jamás pensé alcanzar. Uno inexistente en mi mente hasta hace poco. Es un hijo, es todo lo que siento y un poco más, y en palabras de Ernesto Sábato, este libro es para quienes creen en mí, que leen mis historias y me ayudarán a morir.

Dedicatoria:

Para todos los que me oyeron hablar de querer escribir y me instaron a hacerlo. Para quienes me leen y leyeron. Para mis padres, a quienes amo.

Entre las motas de polvo	<u>02</u>
Pareja de cortometraje	<u>06</u>
El cuarto 207	<u>08</u>
Momentos	<u>13</u>
La señora que dobló el mundo	<u>15</u>
La Visita	<u>18</u>
Grotesco	<u>44</u>
La desaparición de las flores	<u>47</u>
Noviembre en San Jamar	<u>51</u>
Ayer	<u>59</u>
Próxima Parada	<u>74</u>
El modo americano de morir	<u>76</u>
Feliz cumpleaños, abue	<u>83</u>

Entre las motas de polvo

Me hablaba de Don José, que aún viajaba en el tiempo. Vivía entre la niebla de sus recuerdos, caminaba silenciosamente y solo se le vislumbraba de a pocos. Ella lo recordaba con amor del que ya no se razona, sino solo se siente. Más allá de toda realidad, ella lo sentía allí, aún sin saber su nombre. Aún sin saber por qué.

Don José era el espectro de toda una vida. Con el rostro de cien personas, le acariciaba la memoria y la traía de vuelta.

— El terremoto nos despertó a todos—me decía—. Nos sacudió hasta los calzones y las camas se caían del somier. Los patojos salieron corriendo por la pared que ya estaba volcada en el suelo. Parados a media calle, entre gente y gritos, la casa amarilla y decrepita todavía se sacudía. Nos quedamos sin nada más que lo que pudimos recoger de entre los escombros. Una carpita azul para los ocho y unas cuantas láminas que conseguimos después. El estruendo de cien tazas y trastes de peltre resonaba en la cuadra al salir el sol, con la fila del centenar de personas esperando su turno para recibir agua y comida. No creás, poco a poco la vida se fue apaciguando entre la dificultad. En las noches los muchachos que regresaban del trabajo hacían fogatas y trataban de ignorar las réplicas del temblor. Don... ¿cómo se llamaba? Don... él nos ayudó. Trabajaba en la policía y nos traía comida de a pocos. Con esa comidita hacíamos la cena y así íbamos aguantando. Rogale a Dios nunca te quedés sin casa, vos.

— Don José, abue.

Cada vez que oye su nombre se pierde entre las cataratas y el recuerdo. No me escucha, solo ve y sonrío. Ve a Don José, con sus muchas facetas, mientras le trae comida a escondidas, durante las soleadas tardes en las que trabajaba en el campo, en la honradez de la gente de su pueblo y en los hijos amorosos que la cuidan y aman. Entre suspiros sus huesos achacosos amenazan con traerla de vuelta, pero ella no lo permite. Se acomoda en la silla y recuesta los codos sobre sus muslos. Cuando vuelve la mirada, Don José está a su lado, con un brazo sobre su frágil cuerpo y cuidándola como siempre lo hizo.

— Todos trabajábamos como hombres. Todos hacíamos lo que se nos pedía sin preguntar por qué o pedir un descanso. Allá en San Matías, la gente se despertaba antes que el sol y se dormía tiempo después de que oscureciera. Y te digo que trabajábamos como hombres, en el campo, con el azadón y el sudor. Almorzábamos allá afuera, en los terrenos de mi papá, y nadie se iba hasta que el trabajo se terminara. A veces sembrábamos cebolla, o frijol, o maíz. También ordeñábamos vacas...

Trabajábamos como hombres, pero para nosotras era más difícil. Ya oscuro, cuando regresábamos, teníamos que hacer la cena. Ahora la vida es más fácil, mijo.

— Sí, abue. Yo sé.

De entre el tejido de la memoria se intercambiaban lágrimas, áridas y silenciosas; y sonrisas, satisfechas y desmedidas. De entre la niebla surgían historias fusionadas de sufrimiento, alegría y lecciones aprendidas. Sobre todo, de las pequeñas alegrías.

— Le agradezco a Dios que en mi casa nunca faltó nada.

Teníamos vacas, toros, de todo. Siempre había leche, queso, pan, quesadillas, frijoles, café y agua. — Mirá esta botella—me dice—, así no eran las cosas antes. El agua yo la traía del río que quedaba cerca. Siempre íbamos en grupo, con la gente del pueblo, y seis personas nos juntábamos para recoger el agua y cargarla de regreso.

En la mano cavernosa sostiene una botella de plástico pequeña. Recubierta de azul y verde que contrasta con la transparencia de lo que contiene. El agua se agita en su interior, bajo el temblar de sus manos. Con la boquilla destapada, abue da un trago y se seca la boca.

— Pero, mirá qué bonita esta botella. Tantos colorcitos que tiene. Eso sí es más bonito. Antes ni me recuerdo en qué cargábamos el agua.

— En cantimploras, ¿tal vez?—le digo, pero ella ya se ha recatado en la neblina de su débil memoria.

En una tarde de lluvia pasajera y sol naciente el viento se escurría entre la ventana del cuarto de abue. Agitaba sus cortinas y mantenía el traqueteo de la puerta del armario. Entre la débil conmoción se sentaba ella mientras pasaba las hojas de un viejo libro, intentando desdoblar una hoja que llevaba décadas así. El libro, polvoriento y apolillado, habría viajado de mano en mano, desde sus hijas hasta esa fresca tarde de Julio en que abue le prestó atención de nuevo.

— Oiga, usted, este libro como que ya es viejo, ¿verdad? Y pobrecito, mire lo maltratado que está. Amarillo ya. Como que ha de ser de alguien que ya no lo quería, para que lo dejaran aquí abandonado.

— Sí, abue. Pero a mí me gusta, vea qué rico huele.

El olor la guía de vuelta a casa. El olor del libro, el olor del café, el olor de una paleta de dulce de leche. Todo la trae de vuelta y abue recuerda hasta los más ínfimos detalles.

— Un señor allá por donde nosotros hacía dulces. De todos los sabores, así como este —dice, saboreando una paleta luego del almuerzo—. Dulces de muchos colores también. Yo los probé pocas veces, con mi papá tan estricto, pero eran como este. Grandes, que nunca se acababan, y muy ricos. No me recuerdo del nombre del señor... ¿Cómo le decían? Don...

— ¿Sería Don José?—le respondo.

— Pues, a lo mejor sí, fijate.

Luego del silencio aplacado por el traqueteo imparable del armario, abue ve su reflejo en el espejo de la puerta. Por un momento, pienso que se reconoce a sí misma y a los años que tiene ya encima. Que revive su siglo de vida en un instante pasajero y conmemora en el a los días bajo el sol ardiente, a los dulces de colores, a las lecciones de su padre. Y a Don José.

Quizá mi abuela recuerde a Don José y a sus muchos rostros. Quizá lo vea mientras duerme. Quizá piense que él la sostiene mientras sus hijos la ayudan a almorzar. Quizá en cada sueño se recuerde de él, y pase el día esperando dormir para verlo de nuevo. Nunca lo sabré, pero...

— A lo mejor sí, fijate.

Pareja de cortometraje

Somos una pareja de cortometraje. Te juro que te oigo en mis audífonos, cruda e íntima.

«Se buscan dos jóvenes enamorados», leía el anuncio. Él la sostiene de la cintura y siguen por la calle. A los minutos, la calle les oye: «tal vez podamos llamar». Una semana después los ven juntos de nuevo, atravesando una puerta acampanada. El *ding-dong*, «Buenos días, ¿cómo les puedo ayudar?», «Sí, así es.», « ¿Serían ustedes dos?», «Si me hicieran el favor de anotarse acá.», «Sí, allí por favor.», « ¡Se ven muy lindos juntos!», risas, «Claro, nosotros le llamamos.», despedidas cordiales.

Pasan semanas y el anuncio les ve pasar de nuevo. Caminan hacia su lugar favorito: ellos, por la calle de los despreocupados, enamorados, la eterna sexta, hijos de nadie más que del momento. Él juega con su pelo y ella con sus dedos. El timbre de un viejo Nokia inunda la calle y ella se mantiene aferrada a su brazo. Conversaciones a medias; medias interpretaciones. Finalmente el teléfono se cierra con un chasquido reconocible. « ¿Estamos?», pregunta uno. «Ya estamos», responde el otro.

Las grabaciones eléctricas, el ruido de fondo, los diálogos repetidos una y otra vez hasta condensarse en la piel. Viendo la ciudad apagarse detrás de un muro de cristal, él recuerda escenas fugaces de aquel cortometraje serio para sus tiempos. En especial aquella escena bajo la jacaranda, en una noche calurosa que parece tan cálida como para hervirle el corazón una vez más.

El carro se estaciona frente a su casa y ella abre la puerta. Él se baja saltando por la ventana—la puerta parece demasiado ordinaria para lo que ha sido un día extraordinario. Le inundan recuerdos de sonidos especial y extensivamente grabados para esta escena. *La puerta de ella cerrándose bajo el leve rugir de cojinetes viejos, el crujir de las hojas secas que se acumulan en la interfaz entre calle y acera, la respiración que estremece a ambos cuando se preparan a despedirse, el peculiar sonido de besos cohibidos...* Finalmente se separan y la jacaranda ondea sobre sus rostros. En segundos habrán caído decenas de flores púrpura sobre sus hombros, sobre el camarógrafo que los graba, sobre el micrófono que el sonidista sostiene sobre ambos, sobre el imaginario mundo en el que ellos se permiten besarse hasta la eternidad. La jacaranda que tantas veces los vio juntos se personifica en su mente, y él recuerda la escena como sentado sobre las ramas del viejo árbol. En un temblor imperceptible, los tobillos de ella se alzan sobre el suelo y sus brazos rodean su cuello. Él ahora la oye como un personaje de película hablando a través de sus audífonos, cruda e íntima. En ese momento el video calla, se apaga en píxeles negros para dejar solo su voz, su respiración, a su feminidad inefable hablar y decir en simple verdad... «Usted me gusta, mucho».

El video nunca vuelve a la luz. La jacaranda eventualmente dejó de crecer. Las hojas de la acera partieron con el viento. Y nuevos recuerdos llenaron su mente de a pocos. Pero un marzo de jacarandas, eso nunca dejará de ser: sus hojas púrpura aún flotan entre las neuronas.

El cuarto 207

Cuando estás cayendo, a dos pisos por encima del suelo agrietado y frío de las desoladas calles de un mísero pueblo alemán, a punto de morir por asistencia gravitacional, no te cuestionas realmente por qué demonios decidiste detenerte frente a un sombrío paraguas en las calles de un viejo pueblo europeo en aquella desgraciada noche torrencial.

Cuando aún estás colgando por los debilitados pero enfurecidos brazos de tu agresor, a punto de caer a ese abismo deleznable, sí llegas a cuestionarte *qué reputas pasó* cuando decidiste salir a caminar bajo la mísera lluvia europea.

Y luego te recuerdas. El paraguas parecía estar al mismo tiempo fuera de lugar y en completa sincronía con la escena que le rodeaba. Las calles empedradas reflejaban la luz de sodio amarillenta, las gotas de agua caían sin medida y explotaban en un estallido único y grupal. ¿Cuántas gotas caerán al mismo tiempo? ¿Cuántas cosas estarán ocurriendo en este instante? ¿Cuánta belleza, cuánta atrocidad podrá existir en sincronía?

Sin razonar, me acerqué al abandonado paraguas a media calle y lo recogí por su esqueleto metálico. Mis oídos inmediatamente agradecieron el silencio, y pude escuchar los sonidos que antes las gotas explosivas opacaban. Entre el silencio mis ojos también se abrieron, y detrás de la gruesa cortina del aguacero, pude ver a un pequeño hombre agonizante, crucificado en el suelo, empalado por el continuo cañoneo de la lluvia en su rostro. Me acerqué a

él y le cubrí el cuerpo con el paraguas.

— *Bist du... bist du ok?*—le tartamudeé en mi resquebrajado alemán. El hombre parecía estar en cualquier situación menos una que se pudiera describir con un inane *ok*. Ríos de sangre carmesí emanaban de su espalda hacia los drenajes.

«Ventana, hombre, violación, niña» fueron las palabras que logré comprender entre la tiniebla de su alemán agonizante y mi poco entendimiento. Fue suficiente. El hombre señaló hacia arriba, yo vi la luz que vacilaba en un apartamento que flotaba sobre nuestras cabezas, y decidí correr.

Volví con el paraguas en mano, pero rápidamente se interpuso en mi camino, así que le dejé tirado a media calle y busqué escaleras metálicas de emergencia que me permitieran subir. Había dos edificios, uno de cinco pisos a mi izquierda, otro de cuatro a mi derecha. El hombre yacía en un pasadizo entre ellos. Me dirigía al de cuatro pisos, pero solamente el más alto tenía escaleras metálicas visibles. El espacio que libraban entre sí alcanzaba los dos metros, si mis ojos y esta cortina de hierro líquido no me engañaron. Galopé hacia los peldaños metálicos y subí bajo el peso de mis pulmones agitados. Alcancé la terraza, tomé unos pasos hacia atrás y me precipité hacia el abismo que me conduciría al edificio contiguo.

Caí en el duro suelo de concreto de la terraza adyacente, y luché por milisegundos por no caer hacia atrás en mi aterrizaje. Cuando finalmente recobré el balance, me apresuré hacia la puerta que conducía al interior del edificio, por cuestiones del destino abierta de par en par esa noche. No me preocupé por cerrarla tras mí.

El edificio era viejo y una ola de prehistórica humedad me atacó al entrar. Cubrí mi nariz con la mano izquierda y traté de guiarme en la oscuridad, desdibujando el camino mientras tocaba la pared a mi derecha y me dirigía peldaños abajo.

Escuché gritos apagados en el interior. Mis manos se apresuraron por encontrar el camino. Mis tímpanos se agudizaron en el silencio y sentí el retumbar de las tenues ondas mecánicas del sonido que buscaba. Debía bajar dos pisos, eso lo sabía. El cuarto con la luz rancia y vacilante se encontraba en el segundo nivel de esta desamparada construcción.

Cuando me lancé contra la puerta del cuarto 207, mis hombros se quebraron junto a la débil madera con bisagras. Caí de lado contra el suelo, y fue entonces cuando lo vi. Al monstruo del canoso hombre alemán que forcejeaba con una niña en los restos de un vestido floral. Restos que se veían regados a pedazos por el piso del cuarto. Restos de vestido azul con fantasiosas flores que germinaban en frutos rojos y amarillos. El hombre la sostenía por los hombros, le gritaba en alemán incomprensible. Lanzándola contra lo que apenas puedo describir como un colchón sin somier, se volvió hacia mí: secamente un intruso en su propiedad.

Me cogió por los brazos, yo aún tirado en el suelo por la estupidez heroica de mi hazaña rompepuertas. Intento razonar, trastocar mi vago léxico germánico para convencerle de soltarme, de dejarme ir a mí y a la niña. Pero su rabia, su asqueroso impulso sexual le ciegan los oídos, le tapan los ojos, le descomponen todos los sentidos bajo una libido lascivo real aunque inadmisibile.

— *Du schon wieder?*— vociferó, seca y profundamente. Fue lo único que hizo, mientras cargaba mi peso muerto hacia la ventana lateral.

...

Estoy a punto de caer. Y justo en el momento en que sus secas manos me entregan a la perenne gravedad, escucho en simultáneo los gritos de agonía del mundo que me rodea. Siento el incesante avance del odio y la abominación humana. Palpo la triste desesperación de la niña que espera adolorida en el colchón, mientras ve a su agresor lanzar a un hombre hacia el vacío. Y me pregunto cómo he llegado aquí. Me pregunto sobre todo, ¿cómo he llegado aquí y no he podido hacer nada?

Y me siento impotente. Lo mismo daría sostener una plática racional con éste y sus semejantes que combatir con violencia física o psicológica. El desenlace sería el mismo: uno de rabia e incomprensión. Quizá, y solo quizá, el mérito de esta lucha absurda recaiga en el tiempo ganado. Cada instante que me mantenga en la lucha es un instante más durante el cual la niña puede crecer, puede hacer de su vida algo propio, puede exhalar en paz, una vez más.

Luego caigo, y en dos segundos el mundo se apaga. Escucho a mi cráneo golpear el suelo mojado, pero él ya no me escucha a mí. La lluvia me crucifica el cuerpo bajo el incesante dolor, y mi derredor se vuelve un claroscuro iluminado por lámparas de sodio.

Entre el dolor que me enajena veo acercarse una sombra que bloquea el paso de la lluvia con un gigantesco paraguas. Me hace preguntas en alemán inconcluso. «*Bist*

du... bist du ok?» Yo no recuerdo más que el rostro del hombre que viola a una niña en plena noche, bajo la luz crepitante y rancia de un cuarto húmedo. Le señalo el piso superior. Le balbuceo en mi pobre alemán: *Fenster, Mann, Vergewaltigen, Mädchen.*

El hombre me abandona y corre de vuelta. Escucho pasos metálicos alejarse hacia arriba. Luego el impacto de dos pies sobre concreto cuatro pisos por encima de mí. Distintas circunstancias, un mismo camino. Y la lluvia inunda de nuevo mis oídos. El agua se abre paso por mi piel y abarata mis párpados. Quizá sea momento de dejarme ir...

No hemos hecho suficiente, pero he hecho lo que puedo, y quizá eso sea lo correcto. Dime, Dios,

*¿Cuántas gotas caerán al mismo tiempo?
¿Cuántas cosas estarán ocurriendo en este instante?*

¿Cuánta belleza, cuánta atrocidad podrá existir en sincronía?

¿Podremos algún día vencerte, atroz y abominable humano?

*Bajo esta esperanza me rompo el cráneo,
lo hago con gusto,
lo hago a diario.*

Momentos

Te veo bajo el rojo de la luz neón. Acabas de sonreír, acabas de decirme que te gusto, te acabo de conocer. Me recuerdo nervioso pidiendo donas contigo. Hablando de pandas y cursilerías. Y hoy estás parada a medio metro. En dos segundos me imagino años.

Uno

De puntillas te acercas a mi oído y separas los labios. Siento tus brazos sobre mis hombros y tu respiración en el lóbulo de mi oreja. Todo resuena bajo la vibración de tu cuerpo.

Te imagino en cinco años y contenta. Moviendo muebles y dirigiendo gente. Tu primer estudio. Llevas el cabello corto de nuevo. ¿Alguna vez lo llevaste largo? Con overoles desgastados y una blusa de *kiss* debajo. Luego de meses buscando un espacio, esto es casi todo lo que quisiste y absolutamente todo lo que necesitas. El espacio aún se ve vacío, y al final del día, cuando algunos de los nuevos muebles ya están en su lugar, y te imagino parada en la puerta a punto de salir, te recuerdas de un último detalle. Hurgas entre la bolsa de tela que llevas contigo y sacas una maceta que se sienta, linda y pequeña, cómoda entre tus manos. Una macetita. Caminas hacia el ventanal y buscas la hilera de luz que se cuelga a esta hora. La asientas allí. Una plantita suculenta entre un mundo de concreto. Verde entre lo gris. Un botoncito de vida que inunda el lugar. *Una florecita*. Sonríes para tus adentros y sales, con las llaves de este nuevo, incierto y emocionante futuro entre tus dedos. La puerta se cierra tras ti y un segundo finalmente pasa.

Dos

Tus labios tiemblan imperceptiblemente y entre susurros escucho «usted también me gusta mucho». Te apartas luego, pero dejas tus brazos rodeando mi cuello. Una sonrisita y todas mis luces se rinden, desfallecidas ante tu todo.

Al siguiente día te le adelantas al sol y ves que no era un sueño. Cual árbol de navidad, la plantita parece resguardar tus regalos hasta la mañana siguiente, y siguiente, y siguiente... Todos los días abres la puerta, y todos los días la cierras. Cansada pero emocionada. Trabajando, como siempre, por ese incierto lugar en el futuro al que quieres llegar. De alguna forma, perdida entre momentos y el presente, construiste todo esto que te rodea. Y me emociona pensar que lo vas a lograr. Que lo vas a lograr. Que estés donde estés, este momento habrá quedado guardado sino en la piel, sí en la mente. Así que me deleito, con pensarte en el futuro, fuerte e irreverente; y pensarte en el presente, única e incipiente.

La señora que dobló el mundo

Cuando recuerdo a mi abuela, pienso en su rostro y sus manos. Un par de manos vigorosas capaces de degollar gallinas vivas, estrangular ratas intrusas, y de doblar al mundo entero.

Hoy sostengo sus manos y le pido que me hable, pero ya no lo hace. Le pido que me cuente lo que le atribula, lo que le alegra, lo que le hace llorar, pero ya no es capaz. Hoy tiene la mirada perdida en la ventana, mientras por fuera caen densas gotas de agua que doblan a las pequeñas flores del jardín.

Mi corazón pesa más que el viejo olivo que corona la entrada de la casa. Mis poros tiemblan mientras piensan en ella y en la infinidad de recuerdos que hoy han quedado sellados tras sus labios. Pero ella no se ha resignado a su condición, y aún en el silencio sus ojos mantienen la lucha. Aún en el silencio, sus manos continúan recias, doblando al mundo a voluntad.

Abue dobla lo que tenga a mano, y es esto a lo que me refiero. Dobla toallas, dobla calcetas, doblaría hasta sillas y macetas... en el proceso te dobla el corazón por facetas. Lo hace en silencio, bajo la penumbra de la noche creciente o tras los rayos del sol naciente.

— Oiga, abue, ¿qué es lo que le entretiene de doblar? —le pregunto mientras la observo desde el viejo sofá corinto que corona la entrada a la sala.

Ella se mantiene erguida sobre la orilla de su cama, con los muslos pegados y una pequeña toalla rosada sobre ellos. La extiende con sus manos temblorosas, y permite que los bordes cuelguen levemente de sus muslos. Conforme sus manos se mueven hacia el primer dobléz me atrevo a hablar de nuevo.

— Le mantendrá entretenida, imagino —digo, no muy convencido por mis propias palabras.

Su dedo índice y pulgar se juntan, sosteniendo una de las esquinas de la toalla entre ellos. Luego recorren la longitud de la desgastada tela rosada y reposan sobre la esquina opuesta. Hace lo mismo con la otra esquina, y la toalla se ha reducido a la mitad de su tamaño original. Ahora la recoge lentamente y la reacomoda en sus piernas, asegurándose de conservarla centrada.

«Quizá sea que busca sentirse útil aún...»—pienso para mis adentros mientras mis ojos se anclan a sus manos.

Ahora forma un pequeño triángulo con uno de los vértices libres de la toalla. Por su forma alargada y el triángulo en el que culmina se asemeja a los inicios de un sencillo avión de papel. Luego, abue voltea la toalla noventa grados, el lado más largo paralelo a sus muslos y el triángulo apuntándome a mí.

— No *busco* sentirme útil, hijo. Ya lo soy —la escucho decir como desde la abertura de un pozo en el que no me había percatado estar hundido.

Su voz desdobla la oscuridad que me rodea y deconstruye las inmensas paredes de este pozo abismal.

— ¡Abuelita Tina! ¡Habló! Ay, qué alegría me trae escucharla de nuevo —hablo, casi grito en euforia.

El doblar de la toalla culmina con ambas manos enrollándola a través de su longitud. Ella trabaja lentamente, con sus dedos ocupándose por construir el perfecto y compacto cilindro rosado. Al alcanzar el pequeño triángulo que corona el final de la tela, abuelita toma el vértice más alejado y lo introduce entre los pliegues del rollito. Así la toalla se cierra sobre sí misma, y finalmente comprendo que todo aquello que mi abuelita hizo luego de caer enferma fue muchísimo más que el desacato de una vieja. Fue y es la lucha constante por encontrar orden entre el caos, por imponerse a las tinieblas que le rodean con sencilla y hercúlea fuerza de voluntad. Es el incendio de la vida que aún arde en su corazón y que calienta el centro de su pecho. Es ese mismo incendio que ha ardido por noventa años y que hoy me rescató de la ceguera. Es la voz de quien en ocho palabras deslumbró la lección de toda una vida:

— *Que solo trabajando, mijo, se sale adelante.*

La visita

Cuando abro puertas, lo hago con cuidado. Cuando cierro puertas, no aparto la vista hasta que lo último de la oscuridad de la habitación desaparece tras el marco. Cuando corro el cerrojo, lo hago a tientas, despacio, para no hacer ruido. Y cuando veo espejos cierro los ojos —evito así que me engullan en su borboteo. «Mejor así que tentar a los demonios», diría abuelita.

Nunca he sido particularmente bueno para congeniar con otros. Lo intento, créanme, salgo con amigos del trabajo y nos tomamos algunas cervezas por las tardes, pero siempre prefiero estar solo. Suelo hacerlo cuando viajo a la antigua casa de mi abuela en Jutiapa. Llego a la carcomida verja de madera, entro cautelosamente y paso algún tiempo trastocándome las bolsas del pantalón buscando las llaves, las encajo en la cerradura, les doy vuelta lentamente y... clac. Con los dedos empujo suavemente la madera, dura y oscura, ya gastada por colocar mi mano siempre en el mismo sitio. Mientras la luz entra tímida en la habitación, doy algunos segundos para que mis ojos se acostumbren a la iluminación. Como a la luz de un tipo de lumbre desfigurada, la casa emana negro y verde. Luego doy un paso dentro.

— Mejor así que tentar a los demonios—retumba una voz al fondo; esta vez no fue abuelita quien lo dijo.

...

Cuando estaba aún en el colegio visitábamos la casa de abuelita seguido. Ella vivía en Jutiapa, en un pequeño

pueblo que, irónicamente, se llamaba Asunción Grande. Era todo menos grande: caluroso y seco, de poca gente y de gente agraciada, amable, un pueblo de buenos días y buenas noches, de leche recién ordeñada y noches estrelladas. El alumbrado público era el máximo de los lujos, recién instalado hace unos años cuando llegué por primera vez. Algunos tenían carros, pero sobretodo habían grandes camiones que usaban para transportar ganado a otros departamentos. Mi tío Miguel tenía uno y yo a veces me subía al camión con él a fingir que lo manejaba. Hacíamos ruidos al cambiar de velocidad y él me instaba a que me pusiera el cinturón de seguridad y a que revisara mis espejos.

— El de la derecha tiene un punto ciego, ¿oís?—me decía con seriedad implacable—. Siempre hacé la cabeza un poco para adelante por si acaso viene un carro o una moto que no mirás.

— Está bien, tío. Pero, ¿cuándo voy a poder manejarlo de verdad?—le preguntaba siempre con impaciencia.

— ¡Cuando ya no necesités cojines para ver por el espejo! Mejor vení, que el almuerzo ya debe estar listo.

Entraba corriendo a casa para sentir el olor de caldos humeantes. Mi abuelita era, como todas, experta cocinera y mimadora. Mis caldos iban con mucho arroz, pollo y pocas verduras. Abuelita me servía hasta empacharme y luego veía a mi mamá con reprobación por tener «a un niño tan flaco que se lo va a llevar viento». Así eran las cosas en Asunción Grande, o al menos así lo fueron por muchos años.

...

Llegaron las vacaciones de fin de año de 1986 y yo, estando por entrar en segundo básico, pedí ir algunos días a casa de abuelita. No fue difícil convencer a mis padres—de hecho, ya tenían planes: ellos irían a un pequeño (y ya muy pospuesto) viaje por Huehuetenango mientras que yo viajaría en dirección contraria, hacia Asunción Grande. Estaría cinco días con ella y luego volvería, a tiempo de encontrarme con mis padres en casa.

Llegamos temprano a la parada de bus y yo estaba feliz. ¡Por fin volvería a ver a abuelita! Había pasado ya un año desde que la había visto. El bus llegó a tiempo, así que subí y coloqué mi mochila en el asiento vacío de al lado. Me pegué a la ventana para decir adiós a mis padres y cuando el bus partió, lo último que vi fue la mano de mi madre pellizcando a mi padre con felicidad.

Frente a mí iban dos muchachas hablando sobre el colegio. Hablaron todo el camino y perdí el hilo de su conversación pronto. Mi entusiasmo me mantuvo despierto hasta los límites de la ciudad. Luego, el paisaje me arrulló hasta caer en un profundo sueño.

No solía soñar en ese entonces, pero aún recuerdo que tuve un sueño de lo más extraño. Soñé que las muchachas me hablaban de un hombre alto y delgado. De ojos verdes y rubicundo. Que cuando se le veía de lado parecía no tener rostro, o tenerlo perdido, allá en el fondo de la negrura y la vista periférica. Me decían que conducía un largo y pesado carruaje, propulsado por caballos de ojos verdes y flameantes. Me dijeron que su rostro era difícil de distinguir porque solía transfigurarse continuamente. Cargaba el peso de mil almas consigo, todas cosechadas por su propio esfuerzo. Este era su trabajo, escoger y cosechar almas, y lo hacía con paciencia. Me dijeron más, pero se me pierden

las ideas en la neblina. Sé que terminaron advirtiéndome que me mantuviera vigilante. «Un carruaje negro, verde y flameante. Si lo ves debes escapar. Advertir y escapar. Un carruaje negro...»

...

Cuando desperté del sueño no reconocí el extraño calor húmedo. El bus estaba vacío ya, y yo me preguntaba si habríamos llegado. Tomé mi mochila y bajé del bus por la puerta trasera. Casi no reconozco la estación al pisar el suelo, hasta que por fin noté que estaba en la estación principal de Asunción Mita, un pueblo más grande a unos kilómetros de la casa de abuelita. «Debí haberme pasado la parada... siempre lo mismo», pensé. Me puse la mochila al hombro y empecé a caminar. El camino ya lo sabía de memoria, lo había hecho muchas veces con mamá.

Llegué fatigado a Asunción Grande por el insoportable calor húmedo que azotaba el día. Este lugar solía ser seco, pero por alguna razón hoy no lo era. No tomé más nota de ello cuando por fin, luego de lo que a mi parecer fueron infinitos pasos, la verja de la casa de abuelita se asomó en la distancia.

Estando cerca, el farol frente a la casa se encendió. Aún no oscurecía pero agradecí ver algo de movimiento—ino había visto una sola alma desde que salí de la estación! Abrí la pequeña puerta que separaba la calle del patio de abuelita y grité su nombre desde allí. Cuando llegué a la puerta de la casa, grité de nuevo. Nadie contestó en ambas ocasiones. Me pareció extraño que no hubiera nadie en casa, pero confirmé que así era luego de pasearme brevemente por las escasas habitaciones que había dentro.

Cuando abrí la puerta principal para salir de nuevo me encontré con un muchacho, varios años mayor que yo, entrando por la verja. Tenía aspecto de extranjero, alto y de constitución febril, aunque con brillantes cabellos rubios y ojos claros. Quizá verdes o azules, no pude distinguir.

— Buenos días, joven. ¿Cómo le puedo ayudar?— me preguntó con un tono amable. Me pareció extraño no verle cambiar de expresión al verme. Al fin y al cabo, nunca lo había visto y yo fácilmente podría ser un pequeño ladronzuelo que intentaba robar en la casa. Claro está que, desde mi punto de vista, él también pudo serlo.

— Buenas. Soy Marcos, nieto de doña Tina. Ernestina González, digo. Había quedado de venir a visitarle hoy... usted... ¿de casualidad sabe dónde está ella? ¿O Don Miguel? —le pregunté, tratando de esconder mi nerviosismo.

— Qué raro, ¿no le avisaron? A doña Tina se la llevaron al hospital de Mita hace unos días.

¿Cómo podía ser? Mis padres no me habrían dejado venir sabiendo esto. En todo caso, mi mamá habría venido conmigo para acompañar a abuelita. ¿Cómo era posible que llevara en el hospital «unos días» y nosotros no supiéramos nada? Asunción Grande era pequeño pero no remoto. Había teléfonos, ¡había formas! Engallardado, estaba a punto de responderle cuando me interrumpió.

— Vea, a ella la traen de regreso hoy. Eso me acaba de decir Don Miguel. ¿Por qué no la espera en casa? Yo he estado durmiendo allí estos días y tengo algunos frijoles parados sobre la estufa. Sírvase, si tiene hambre.

— ¿A qué hora vuelve? Y usted, ¿cómo se llama?— le solté

braveando, exasperado por su imprecisión—. ¿Por qué ha estado quedándose a dormir acá?

— Mi nombre es Luterio y soy amigo de su tío. Me pidió que le cuidara la casa en lo que su abuela regresaba, y eso hago. Ahí regreso al rato, que tengo cosas que hacer. Ahora usted, espere a su abuela; más tarde regresa.

Arremetió su ira contra la puerta y se marchó tan fugazmente como vino. Me quedé allí vagando hasta que por fin decidí entrar. Estando allí no podía despojarme de la fatiga que el desdichado calor húmedo me provocaba. Sería porque había estado agitado desde que bajé del bus... aun así, era como si hubieran trasladado Asunción Grande a Puerto Barrios: detestable. Caminé por la sala y husmeé la olla con frijoles de la que Luterio había hablado. No me apetecían—parecían llevar allí una eternidad, no un par de días.

Resolví que esperaría en el patio a que volviera abuelita, confiando en que disiparía algo de ese calor infernal con sentarme en las gradas, donde el viento suele soplar por las tardes. A todo esto, eran las dos de la tarde. Como una liga que se estira cada vez más lentamente, el tiempo empezó a pasar.

...

Con el calor retrocediendo ante la noche, se acercaron luces tenues por la calle que pasaba frente a la casa. Se hicieron cada vez más fuertes hasta detenerse cerca de la verja. Provenían de un carro negro que pronto apagó las luces e hizo emerger del asiento del piloto a Luterio. Del copiloto salió una sombra que no reconocí. Parecía tener una constitución débil aunque eminentemente masculina, pero

no pude reconocerle. Ambos se dirigieron cabizbajos hacia la puerta trasera y la abrieron. Se agacharon y estuvieron así por largo rato, nunca quedándose realmente quietos. Eventualmente emergieron del carro cargando una camilla. Entraron por la verja que Luterio había dejado entreabierta hace unas horas y no fue hasta allí que reconocí al delgado hombre que cargaba el otro extremo de la camilla. Era mi tío, quizá un poco más pálido y flaco que de costumbre. En la camilla se bamboleaba mi abuelita.

Abuelita siempre fue una mujer alta y de constitución fuerte. Mataba ratas con escoba y despellejaba gallinas a mano pelada. Una mujer centrada y al grano. Una mujer cuya imagen no concordaba con el espectro que se sacudía en la camilla con cada paso descoordinado que Luterio y Miguel daban. Tenía los brazos alargados y cavernosos, párpados deprimidos y cabello cenizo. Dormía, a pesar de ser llevada con muy poca cautela. Y en este trance resolvió por fin pronunciar palabra. Al fin y al cabo, illevaba horas esperándoles!

— Tío Miguel, ¿qué pasó? Abuelita... ¿va a estar bien? ¿Vas a estar bien, abuelita? ¿Por qué tardaron tanto? ¡Tienen que avisarle a mi mamá! —una ráfaga de palabras se me escapaba sin que pudiera contenerme y no me daba cuenta que mi tono se agudizaba—¿Qué vamos a hacer? ¿Cuánto tiempo lleva así ella? ¿Por qué nunca nos avisaron? ¿Están locos? ¡Hablen, por Dios!

— Silencio, niño, que vas a despertar a todo el pueblo. Seguinos y hablamos dentro —me respondió Luterio con desprecio cortante. Mi tío... él no me dirigió palabra.

Entramos y ambos colocaron a mi abuelita en su habitación. No me permitieron entrar, así que los escuché desde

afuera mientras se afanaban por bajar el largo cuerpo de doña Tina a su cama. Cuando el silencio hubo cesado, mi tío Miguel salió de la habitación. Sus pómulos se marcaban por encima de la tez demacrada y bajó su mirada hacia la mía.

Durante los próximos minutos, mi tío se dedicó a darme el discurso más descabellado que he escuchado en mi vida, y no por el estado de mi abuelita, sino por su interpretación del mismo. Me dijo que mi abuelita llevaba ya medio año con esta «condición», que así la llamaban los médicos porque ni ellos sabían qué era, que todo empezó con mi abuelita sintiéndose más débil y culminó con ella despertando siempre hasta pasado el mediodía porque no tenía ánimos de levantarse, que desde entonces él, mi tío, ha estado luchando por conseguir dinero suficiente para pagar sus tratamientos que poco o nada le ayudan a doña Tina, que Luterio ha sido su mano derecha en esta dura travesía... ¿Cómo Luterio ha sido su mano derecha? ¿Quién es él, que hace un año no existía? Luterio, aparentemente, es amigo de toda la vida. Una vida que, imagino, yo nunca vi. Y que salió a su ayuda cuando más lo necesitaba. A mi madre la dejaron a un lado de esto por su propio bien. «Vos sabés que la destrozaría, Marcos. Tanto que temo por la vida de tu mamá si se entera de lo que ocurre con mi mamá».

Culminó pidiéndome disculpas por haberme hecho esperar hasta tarde, y rogándome que habláramos mañana, con más tranquilidad y bajo la luz del sol. «Durante la noche me cuesta más pensar». Vaya si no le cuesta pensar, tremendo idiota, que ha estado arrastrando a mi abuelita a su tumba con la resignación de un perro atropellado.

...

Como siempre, dormí en el sofá de la sala. Turbado aún por la situación, mi tío hizo a Luterio traerme algunas sábanas y almohadas. Luego de dar las instrucciones, se retiró al cuarto de abuelita y echó llave. Mientras esperaba a que Luterio trajera mi indumentaria para la noche me mantuve pensando. ¿Qué podrá ocurrirle a ella? ¿Qué hará mi madre cuando se entere? Quizá Miguel no estaba hablando disparates cuando dijo que mi madre se destrozaría al enterarse... y, de repente, me recordé de la extrañeza de este nuevo personaje: Luterio, quien hace un año no existía. Luterio, que tan amablemente se ha ofrecido a ayudar a mi tío. Luterio, y su carro negro.

La sala en la que me encontraba se veía inundada por la luz de la luna que iluminaba, juntos, el patio de abuelita y toda Asunción Grande. Todo este tiempo había estado viendo hacia afuera, contemplando la verja mientras pensaba y había fallado en notar el carro negro que esperaba detrás. Tenía un aspecto particularmente tenebroso bajo la luz lunar, era largo y pesado, un verdadero armatoste. Tan pesado como un carruaje; un carruaje negro...

— Sus almohadas y sábanas, joven.—retumbó la voz de Luterio al entrar en la habitación.

...

Luterio dormía en el cuarto de servicio de la casa. Estuve intranquilo, fingiendo conciliar el sueño hasta que escuché el pasador de su puerta girar.

Entonces me levanté. Tenía que hacer algo: si lo que había soñado en el bus era cierto, Luterio estaba aquí por alguien. «Todas cosechadas con su propio esfuerzo, cada una de las mil almas». Desde su arribo a casa había causado el

deterioro de abuelita. O, quizá, había llegado luego de que ella presentara los primeros síntomas. Se aprovechó de ello para doblegarla.

Resolví que debía hablar con ella a toda costa. De alguna forma tenía que escuchar de su propia boca lo que había ocurrido. Así que monté guardia en la sala durante la noche, esperando el momento en que mi tío tuviera que salir del cuarto para aliviar sus necesidades. La ventaja era que el baño en casa de abuelita estaba fuera de la casa, en una pequeña cabañita en el patio trasero. Eso me daría quizá suficiente tiempo para escabullirme dentro y preguntarle.

No pasó demasiado tiempo hasta que escuché el pasador girar. Me di cuenta que llevaba ya más de dieciocho horas despierto, aunque parecían ser treinta. Había despertado esa mañana contento, en casa, listo para mi viaje a casa de abuelita, y hoy me encontraba en algún tipo de versión alterna de su casa, con un tío demente, una abuelita postrada y la sombra de un ser extraño que se hacía llamar Luterio.

Eran las doce y media de la madrugada y el pasador del cuarto de abuelita giró. Aún tapado con las sábanas que me habían ofrecido, escuché a mi tío abrir la puerta trasera y dar los primeros pasos para atravesar el jardín. Con esto, corrí cautelosamente hacia la puerta del cuarto de abuelita y la abrí con impaciencia. Con el crujir de la bisagra me inundó una oleada húmeda y fétida que emanaba del cuarto. Ya era demasiado tarde para arrepentirse: me cubrí la nariz con el brazo y entré.

...

Dentro, el cuarto parecía reflejado por un espejo, con los

objetos intercambiados de derecha a izquierda y viceversa. La cama de abuelita estaba extrañamente colocada en el centro de la habitación, con la cabecera dándome la espalda. Desde esta dirección solo podía ver la sombra de su cuerpo sobre la cama. A un lado de ella había un taburete de madera con una palangana plástica llena de una extraña agua blanca. Todo lo demás había saltado al extremo opuesto de la habitación. Los cuadros que una vez colgaban a mi izquierda ahora se veían a mi derecha; el trinchante con cachivaches ahora se erguía desordenado en la pared izquierda. Todo parecía invertido, incluyendo el suelo de madera que, con el reflejo, emanaba un aura de extrañeza y desproporción.

Aún más extraño me pareció un espejo rectangular que parecía estar instalado en el techo del cuarto, directamente sobre la cama de abuelita. Estaba dañado en las orillas, resquebrajado y con el metal del marco oxidado. Flotaba allí, como el resto de cosas en el cuarto, no pareciendo pertenecer a este universo o al otro.

Desolación total. Con cada paso parecía hundirme en una trampa inevitable. Me acercaba a la cama de abuelita y cada vez se vislumbraba más de su débil cuerpo. No estaba tapada, tenía solamente un largo camisón que le cubría hasta los tobillos, y cuando por fin me coloqué a su lado me saludó de nuevo esa visión cadavérica que vi acercándose sobre la camilla tambaleante.

— Abuelita, despierte. Abuelita, necesito que despierte. ¡Abuelita!—Intenté aferrar su brazo para despertarla, pero me estremecí cuando mis dedos se hundieron en él y casi se tocaron entre sí. No había carne ni sangre, solo piel y huesos... y un líquido extraño que la humedecía. Parecía ser sudor ante el tacto, pero cuando alcé las manos a la luz

de la ventana vi que mis dedos estaban húmedos con un líquido blancuzco.

En mi agitación no me di cuenta del extraño retumbar que se acercaba a la habitación. Eran pasos graves y huecos, como el estruendo de árboles enfermos que sucumben ante sus parásitos, o de pesadas rocas que se derrumban en montañas silenciosas. El estruendo creció a pasos periódicos que convergieron sobre la entrada.

Al otro lado del marco flameaban dos ojos verdes. Altos, colocados a al menos dos veces mi altura, clavaban su mirada en el espacio que quedaba entre el taburete de madera y mi cuerpo. Parecían titubear en el aire, balanceándose de un lado a otro, nunca apartando su mirada del espacio vacío que quedaba entre nosotros.

Paralizado, no pude hacer más que murmurar el nombre de mi tío. «Miguel, ¡veni! ¿Dónde estás?», clamaba para mis adentros. El cuerpo de Luterio se materializó alrededor del par de ojos fluctuantes. Su constitución febril parecía más acentuada que nunca, y su rostro, a pesar de ser reconocible, no era definitivo. Vapuleaba como la unión de dos gases que se entretrejen mientras se elevan en el aire.

Pisó el primer tablón del cuarto y el estruendo retumbó en las paredes de la habitación. Pude ver pequeñas ondas que se formaban en la superficie del agua blancuzca de la palangana. Las ondas parecían tener miedo, viajaban concéntricas y vibrando hacia el exterior. Se repetían con cada paso que Luterio daba hacia el centro de la habitación. Luego, se acercó a la cama y, como ignorante ante mi presencia, procedió a untar sus dedos en el agua. Con los dedos húmedos comenzó a recorrer el cuerpo de abuelita, bañándola en este líquido de aspecto grotesco.

No fue sino hasta que sentí repugnancia por su actuar que pude regresar en mí. Cuando Luterio se disponía a rehumedecer sus dedos, pateé el taburete con todas mis fuerzas y el agua cayó en aparente cámara lenta hacia el suelo. Primero, el sonido del taburete en la madera resonó en la habitación. Luego, la palangana rebotó contra el suelo y terminó por estabilizarse a unos pasos de mí. Finalmente, se oyó el chapaleo del agua, que aún venía cayendo. Explotó contra el suelo y salpicó mis piernas.

Ninguno de estos tres sonidos detonó como lo hizo Luterio. Un estallido de maldiciones me impelió contra la dura pared de bloc. Mi cuerpo pareció agitar la habitación entera, y cuando me hube recuperado del golpe, observé que yacía entre los estragos de diez cuadros resquebrajados—se habían caído de la pared cuando pegué contra ella.

Mareado por el golpazo me cuesta aún recordar lo que sucedió después. Sé que mi tío regresó del baño exterior, probablemente alarmado por el escándalo que se había desatado en la casa. Luterio se encontraba tirado en el piso, recolectando fútilmente el agua que ya se perdía entre las uniones del piso de madera. Y como si de una situación habitual se tratara, mi tío se hincó prontamente para ayudar a Luterio a recoger el agua que quedaba. Con trapos y sus propias camisas, recogieron el agua del piso y la exprimieron sobre la palangana.

Mi cabeza se tambaleaba entre la insólita escena que tenía frente a mí y el cuerpo tendido de mi abuela. No fue sino hasta allí que noté el escaso, sino inexistente movimiento de su pecho. «Sin carne ni sangre, solo huesos y piel», recordé. Mis ojos divagaron hacia el espejo en el techo, que me ofrecía una vista invertida y oscura del cuerpo de abuelita. Allí, sus movimientos parecían exacerbados. Su

escasa respiración se notaba más fuerte y animada en el espejo. Parecía tener vida, aunque escasa, pero vida sin más. En el reflejo el cuarto se invertía de nuevo y volvía la normalidad. Los cuadros no yacían tirados a mí alrededor, sino que colgaban de la pared habitual, en su forma habitual.

Quería saltar al espejo, volver a la normalidad y saludar a abuelita como siempre lo hacía, pero el estallido de una patada al piso cercenó mis ilusiones. Mis ojos volvieron a la sombría realidad, en donde Luterio parecía estar discutiendo acaloradamente con mi tío en la esquina opuesta de la habitación. Él sollozaba mientras que Luterio le veía con desprecio. Cuando mi mirada pareció calarles, tornearon sus ojos en mi dirección. De nuevo, los ojos de Luterio flotaban entre un rostro que parecía flagelar, y esta vez no dilató en dirigirse hacia mí.

— Bueno, muchacho—pronunció con desdén—. Ya es hora que entendás.

— Miguel—dijo mientras dirigía su mirada a mi tío que temblaba en la esquina—, ya sabés qué hacer, ¿no?

Acto seguido mi tío removió un paño rosado de la bolsa trasera de su pantalón y lo hundió en la pequeña poza de agua blanca que se acumulaba en la palangana. Repitió el proceso varias veces, remojando el paño y exprimiéndolo de nuevo. Como acobardado ante lo que vendría después. Finalmente se acercó a mí, me pidió disculpas, y metió el paño en mi boca mientras los dedos largos y cavernosos de Luterio forcejeaban por mantenerme inmóvil.

No fue sino hasta ese momento que pude atisbar que el fétido olor que emanaba del cuarto provenía de este

extraño líquido blanco. Con el tufo subiendo hacia mi nariz desde el paño mojado que sostenía entre los dientes, no pude evitar caer al vacío de un sueño profundo.

...

Desperté en el mismo cuarto un número irreconocible de horas después. Estaba recostado boca abajo con la cara ladeada sobre la almohada. Me sentía abatido y sin energías. No podía recordar la última comida que había probado, aunque probablemente había sido el desayuno que tomé rápido en casa antes de salir hacia la parada de bus.

A lo lejos empecé a escuchar pies que se arrastraban y acomodaban en la distancia. El suelo parecía vibrar como antes, muebles que se movían de un lado a otro en suelo de madera. Y podía ver las sombras de quienes se movilizaban en la habitación reflejarse en el suelo a mi izquierda. Una de ellas se alejó de la luz, y con ello su sombra creció desde el suelo hasta la pared. Conforme el espectro escalaba la pared, mis ojos se centraron en la sección con cuadros que mi abuelita mantenía en el lugar. Era el mismo cuarto, reflejado, pero con los cuadros colgados y ordenados—los mismos cuadros que yo, horas o días antes, había botado al ser arrollado en contra de la pared por el espectro endemoniado de Luterio.

Angustiado, intenté mover mis brazos para apoyarme sobre la cama. No fue hasta ese momento que noté que tenía ambos brazos atados a la espalda con una cuerda que lastimaba mis muñecas y en una posición tal que mis codos punzaban con dolor agudo. Intenté forcejear y cuando lo hice, la sombra que había escalado hacia la pared se retrajo, acercándose a mí, su sombra por la izquierda y

su cuerpo por la derecha. Ambos objetos convergiendo en la cama sobre la que me encontraba indefenso.

Sentí una pesada mano, áspera y grotesca, que se colocó sobre mis muñecas y me impidió moverlas más. Las paredes retumbaron de nuevo al crujir de su voz.

— Quédate quieto, Marcos. Falta poco ya. Es solamente cuestión de... tiempo. Verás, tu tío se está preparando en este momento. Luego, te dejaremos ir. Todo... saldrá bien.

— ¡¿Qué me está haciendo, demonio?!—Gritaba mientras intentaba liberarme de sus pesadas garras—. ¡Déjeme ir en este instante! ¿Dónde está mi abuela? ¡¿A dónde la ha llevado?!

Entre el forcejeo escuché abrirse la puerta de la habitación. Entró mi tío, quien luego se colocó acuclillado frente a mí y me vio rápidamente con ojos perdidos. Luego observó a Luterio, a quien aún no podía ver por mi posición comprometida, e hizo un gesto afirmativo en su dirección. Pronto sus garras liberaron mis muñecas y procedieron a colocarse a mi costado, con ánimos de girarme sobre la espalda y colocarme boca arriba.

El movimiento fue brusco y sencillo. En el giro mi cabeza recordó el duro golpe que había recibido previo a desmayarme, y mi visión pareció mancharse. Me sentí abandonado en una realidad extraña que se reflejaba y refractaba con cada parpadeo, sin que yo pudiera controlarlo. En este estado de desasosiego y turbación alcancé a escuchar frases lejanas provenientes de esa voz profunda que tanto me había atormentado esa noche.

«Verás, Marcos. La realidad es que nunca debiste haber

venido a visitar a abuela. Nosotros, digo, Miguel, Ernestina y yo nos hemos manejado perfectamente para superar esta tragedia.»

«Era innecesario, hijo. Realmente. Te pedí sinceramente que esperaras a la mañana siguiente. Que durmieras y me permitieras llegar a la luz del sol para pensar y aclarar las cosas. Por lo contrario, decidís irte en contra de la razón e irrumpir en el cuarto de tu abuela, que en su dolencia no puede atender visitas. Mucho menos de la forma en que lo hiciste. Luterio me lo hizo saber, ¿oís? Que sacudiste a abuela para despertarla del sueño que la repone y que, cuando él se disponía a untarle su medicamento, en un arrebato de cólera infundada tiraste lo poco que teníamos de medicina al suelo.»

¿El líquido blanco era medicina? Esa peste que me hizo dormir, ¿medicina para ayudarle a reponerse? Comencé a notar que mi cuerpo sufría el acoso de ese agobiante calor húmedo que viví durante la tarde... O hace días, ya no sabía. Pero el calor se expandía en oleadas a desde mi pecho y sentía como un objeto rugoso parecía sobar mi pecho desnudo.

Poco a poco el mareo se detuvo y pude abrir los ojos ante una realidad espantosa. Me encontraba recostado en el camastro de abuelita, desnudo excepto por mis calzoncillos. Me rodeaba una gruesa capa blanca y viscosa que me entumecía a cuerpo completo. Solo mi rostro se libraba de este líquido grotesco, aunque deseé momentáneamente que no fuese así. Mis ojos, libres de esta obstrucción blancuzca y del mareo que me afectó por tanto tiempo, se enfocaron en el techo sobre la cama. Allí se alzaba el espejo resquebrajado y de marco oxidado, pero esta vez no era yo quien se reflejaba en él.

...

En el reflejo yacía mi abuela sobre su cama. La misma abuela que había visto antes de desmayarme, estoy seguro, porque a su lado se veían los destellos de cientos de fragmentos de cuadros hechos añicos. Una mancha seca cubría el suelo a la par del taburete que ya se encontraba sobre sus patas. Y entre este desastre me hallaba yo, tirado aún contra la pared, desmayado, con un paño rosado entre los labios.

En el pavor que sentí luego de verme tirado en el suelo comencé a gritarle al reflejo de mi abuela. Pidiéndole que despertara y me removiera el pañuelo de la boca. Que me permitiera despertar, si tan solo encontrara las fuerzas para vencer al líquido blanco que la rodeaba y pudiera levantarse de donde se hallaba postrada. Rogué con todas mis fuerzas, pero mis gritos se enmudecían detrás de la risa de Luterio. Luché entonces por hacerla recordar, si eso le ayudaba a despertar.

— ¿Recuerda, abuela, cuando veníamos a visitarle todas las navidades? Que nos sentábamos a comer quesadilla en las gradas de su casa y disfrutábamos el viento que soplaba allí mientras atardecía. Recuerda que entrábamos corriendo con tío Miguel cuando usted nos avisaba que el almuerzo estaba listo ya, y llegaba emocionado a sentarme delante de sus caldos humeantes. ¿Recuerda, abue? Dígame, por favor, solo dígame que se recuerda.

Entre el desasosiego comencé a llorar, y mis lágrimas se combinaban con el líquido blanco que me recubría. Vi, a lo lejos, que mi abuela me imitaba. Del rabillo del ojo brotaban pequeñas lágrimas que se resbalaban por sus cachetes y rodeaban sus pómulos. La risa de Luterio se

apaciguaba, pero el efecto de ese líquido blanco parecía no abandonarme, y poco a poco perdía conciencia de mí mismo. A punto de hundirme en lo que quizá sería mi sueño definitivo, continué hablando.

— Recuérdese, abue, de las tardes que pasamos juntos, acá, en la otra versión de este cuarto, con usted tejiendo y yo leyendo. Recuérdese, por favor, que esta habitación se ha dado vuelta y usted no se encuentra en la realidad. Dese vuelta usted, abra los ojos... De donde sea que esté, levántese. Despierte de entre la oscuridad—grite, llore, lance gritos al vacío. Por favor, abue, recuérdese de mí. De Marcos Salguero, nieto suyo e hijo de su hija menor. Recuérdese de Ernestina González y de su fuerza. De las ratas que mataba con escoba y de las gallinas que despellejaba a mano pelada. Vamos, abue. Por el amor... de... Dios...

Entretanto, la escena se había convertido en una tragedia griega, con mi personaje desnudo y embarrado al centro de un escenario insólito, gritándole fútilmente al cielo mientras el espectro de un demonio y su lacayo se burlan desde ambos lados de su lecho.

Débil y sollozando sentí a mis párpados cerrarse lentamente. La imagen de abuelita desaparecía desde la parte superior, con la sombra de mis párpados cortando el espejo de arriba a abajo. Estando a punto de perder a abuelita de vista, noté un leve brinco en su respiración. Esperanzado, resolví esperar unos segundos más. Con ello, vi cómo sus brazos recobraban color y forma. Así todo su cuerpo pareció rejuvenecer, lentamente, miembro a miembro. Sus ojos se abrieron y, lejos de expresar terror, vi empatía y valentía en ellos. Este cambio produjo en mí una explosión de energía incontrolable. Salté de la cama,

resquebrajando el líquido blanco que se había endurecido alrededor de mi cuerpo, y me abalancé contra Luterio.

...

Estaba dispuesto a matarle. Mis manos asieron su cuello y, colgado del mismo, luché por tirarlo contra el suelo. Mi tío Miguel parecía estar paralizado porque no se movió sino hasta escuchar las órdenes traslapadas de su amo. Luterio luchaba por formar cada sílaba, batallando la falta de oxígeno que yo le provocaba, pero logró decir:

— ¡Ilbécil! No ves que la abuela se está moviendo y se dispone a despertar al niño. ¡Movete, detenela!

Lamentablemente el líquido en el que me encontraba bañado no me permitió agarrar con más firmeza el cuello de Luterio, y en un instante de descuido asió con fuerza mi mano izquierda y me lanzó por los aires en dirección de la puerta del cuarto. Golpeé duro, por segunda vez en la noche, en contra de otra de las paredes del cuarto, pero la energía de ver a abuela despierta me hizo ponerme en pie inmediatamente. Giré la cabeza rápidamente y localicé una escoba en la esquina de la habitación. Luterio me vio, así que ambos nos abalanzamos en contra del objeto con toda la energía que nos quedaba.

Logré capturarla, y con el mango en las manos empujé duro en contra de Luterio. El empellón lo echó fuera de balance por un momento, y con ello decidí correr al centro de la habitación, donde no me vería acorralado fácilmente y podría usar la cama a mi favor. Luterio me siguió, y en lo que se acercaba aproveché a girar mi vista hacia el espejo colgante.

Abuelita forcejeaba con mi tío.

...

«Vamos, abue. Por el amor... de... Dios...», escuché decir desde la superficie de este abismo negro. He estado soñando con gritos y cautiverio por largo rato, atrapada bajo la firme empuñadura de dos manos malévolas. Una que me sostiene sin misericordia y otra que parece hacerlo con una extraña mezcla de miedo y responsabilidad. Pero la voz de mi nieto parece haberme hablado esta noche, y por fin me ha hecho entender que este abismo en el que me encuentro no es permanente ni mucho menos imposible de escalar. Es todo cuestión de nadar entre el vaho de la oscuridad que me rodea y, finalmente, despertar...

Abro a los ojos y veo a mi pequeño Marcos colgando del techo, en una copia de mi situación. Lo veo también a mi derecha, tirado entre los escombros de lo que parece haber sido una fuerte trifulca. Siento el movimiento de mis huesos directamente en contra de la cama y punzadas de dolor que vienen de cada una de mis articulaciones. Pero veo a mi nieto y sé que debo despertar. Con cada respiración mis piernas y brazos parecen circular de nuevo y una vitalidad renovada me rodea. Muevo los brazos, luego las piernas, resquebrajo este extraño capullo blanco que me ha tenido cautiva. Y en pocos minutos, me levanto.

Una vez sobre mis piernas intento desesperadamente mantener el balance. Elevo mi vista hacia el techo y veo que del extraño espejo colgante surgen burbujas y formas líquidas. Ondas que se propagan por su superficie, mientras se distorsiona la imagen que veo del otro lado. Veo, entre los movimientos, a mi nieto forcejeando con un hombre alto y febril. Mi nieto escapa y le empuja para mantenerle

a distancia.

Como un rayo que estalla en el cielo cae un hombre a través del espejo. Aterrizo en la cama en la que hace unos minutos me encontraba acostada y, sin perder tiempo, se abalanza en mi contra. Tardé en reconocer el rostro demacrado de Miguel, mi hijo.

— ¡¿Qué haces, hijo?! —le pregunto, mientras él me sostiene en contra de la pared, bloqueándome la respiración.

— Usted no entiende, mamá. No se tuvo que haber despertado. Ese que ve allí, ese no es su nieto. Y usted está muy enferma, tiene que acostarse.—Sus ojos se dilataban y parecían explotar con sangre y bilis.

Arrastrando mi espalda en contra de la pared, intento moverme hacia donde se encuentra mi nieto tendido en el piso. Intentando distraer a Miguel, hablo entre mi lucha por respirar.

— Escuchame, mijo. Por el...—era imposible dejar de toser y luchaba tanto por una bocanada de aire— amor de Dios, escuchame. Este no sos vos. Ese allí, ese es... tu sobrino. En el espejo... Necesita ayuda. Sol... tame.

Entre las palabras pude forzar algunos pasos hacia mi izquierda y alcancé el cuerpo de Marquitos. Con lo último de fuerzas que tenía guardadas, levanté mi rodilla con ímpetu y, aún bajo el crujir de mis huesos artríticos, golpeé a Miguel en el estómago. Él se apartó, horror y lucidez mezclándose en su rostro. Me agaché rápidamente para remover el viscoso paño rosado de la boca de Marcos y comencé a sacudirle enérgicamente.

— Despertate, mijo. Necesitás despertarte. Salí, nadá a la superficie. Escuchá mi voz... Te quiero, Marcos. Necesitás des... per... tar.

Agobiada, me recosté al lado del cuerpo de Marcos. Sentía que mis fuerzas me abandonaban, y veía a Miguel flotar en la distancia, lúcido por fin ante lo que había hecho.

...

«Te quiero, Marcos...», escuché mientras Luterio me sostenía contra el suelo, atrapado bajo el peso de su cuerpo. La escoba con la que tan asiduamente me defendí yacía a mi lado, y mientras me perdía en mi desilusión de que todo estaba por terminar, vi mi imagen y la de mi abuela en el espejo del techo.

Luterio se encontraba enfurecido, sus ojos flameaban verde y sus cabellos, una vez rubios, revelaban su verdadero color: largos hilos oscuros, trenzados entre sí, con algunos cayendo sobre su rostro que, como siempre, flagelaba. Ahora su cara era menos definida: el poder de mil almas que tenía detrás la hacía transfigurarse y explotar periódicamente en los gritos de alguna de las personas que sufrían atrapadas dentro de él. Todo el cuarto retumbaba, y Luterio me sostenía con sus largos dedos mientras me golpeaba contra el suelo. Mi cabeza estallaba de dolor con cada impacto, pero me concentraba en el espejo, aun cuando todo parecía vibrar en la habitación.

En el reflejo, yo ya no tenía el paño rosado entre los labios. Bajo el efecto de esta realización, me sentí desaparecer lentamente. Los dedos de Luterio ya no sostenían mi carne viva, sino una especie de gas que iba desapareciendo bajo sus garras. En el instante en el que me habría propinado un último golpe, desaparecí.

...

La habitación se mantuvo, pero aparecí ahora sentado contra la pared, entre los restos de los cuadros estropeados. Mi abuela cabeceaba al lado, sosteniendo aún el paño rosado en su mano izquierda, y vi rastros de Miguel sollozando sobre la cama. Todo el cuarto retumbaba, y en el espejo que colgaba sobre Miguel se veía a Luterio enfurecido. Yo había desaparecido de entre sus manos y me había transportado al otro lado del espejo.

Luterio se disponía a levantarse y saltar hacia mi realidad. El espejo ya borboteaba como lo hizo cuando Miguel saltó hacia el cuarto de abuelita, y se empezaban a formar las características olas que volvían al espejo una especie de portal. Me levanté rápidamente y corrí hacia la cama. Me afiancé del taburete que aún estaba en el cuarto, y cuando lo jalé la palangana cayó una vez más al suelo. En el mismo orden que cuando pateé el taburete al inicio de esta desastrosa historia, cayó la palangana, rebotó y se estabilizó, y segundos después se oyó el chapoteo del agua salpicando.

Esta vez no me detuve a pensar. Sabiendo que el espejo estaba a punto de traer a nuestro mundo al causante de nuestro martirio, me subí a la cama y blandí el taburete en contra del espejo. Golpeaba el centro, pero esta parte ya era líquida y se negaba a romperse. La mano de Luterio atravesó el objeto e intentó afianzar mi cabello. Lo rozó, y en el pánico que me causó su presencia tropecé contra las sábanas de la cama y caí, propinándome yo mismo el golpe en la cabeza que Luterio había fallado en darme hacía unos momentos.

Parecía estar todo perdido. La habitación giraba y desde

mi punto de vista solo podía ver el espejo flotando en el cielo. Mis párpados se cerraban de nuevo y por última vez vi a tío Miguel, con su rostro cambiado y, en parte, apenado. Como fotografías pasando lentamente, vi a mi tío levantarse sobre la cama, con el taburete en mano. Pensé que ayudaría a Luterio a traspasar el portal, pero golpeó fuertemente su brazo. Este, ante el golpe, se contrajo hacia el espejo. Un grito mudo traspasó la habitación y me golpeó en el pecho. Finalmente, Miguel saltó hacia el techo y, con todas sus fuerzas, desraizó el espejo de sus ataduras. El objeto cayó al lado de la cama y oí por segunda vez cómo mil pedazos de vidrio se quebrantaban. El marco oxidado se dobló y dejó a su huésped desprotegido. Mi tío saltó hacia el espejo y, como con el impulso de caer libremente diez pisos, propinó un último golpe criminal.

Ante el chasquido de vidrios rotos que se propagó en la habitación me abandoné a la debilidad. Por fin, todo había acabado.

...

Lo que sucedió después se pierde entre la neblina de sueños y cortos despertares. Recuerdo ver el rostro de mi madre desde una cama hospitalaria. A mi lado veía a mi abuela también, y una telaraña de tubos transparentes la rodeaba. Mi tío aparecía variablemente y hablaba con mi madre. También recuerdo las caricias de mi madre, que me removían el pelo de la frente y sobaban mi brazo periódicamente.

Pasé semanas en el hospital, me contaron mis padres luego, recuperándome de severas magulladuras y un cráneo levemente fisurado. No podían explicar la fuerza sobrehumana que me lastimó de tal forma, ni cómo había

podido causarse tal desastre en un pueblo aparentemente tranquilo. Mi madre me cuestionaba, pero por meses no pude hablar de lo sucedido. No fue sino hasta años después, en que con una carta similar a esta, les describí a mis padres los sucesos de aquellas vacaciones de 1986.

Mi abuela sobrevivió, y vivió plenamente por años luego de los eventos, aunque su semblante cambió y tomó la forma cautelosa que las graves experiencias suelen causar en las personas. Se mudó a casa de mis padres, y la pequeña casita en Asunción Grande quedó abandonada. Nadie se atrevía a comprarla, así que quedó estacionaria e implacable ante el transcurrir del tiempo.

Hoy regresé a la casa de mis tormentos. Pero como dije ya al inicio de esta historia, siempre abro las puertas con cuidado. Giro lentamente la cerradura y... clac. Con los dedos empujo suavemente la madera, dura y oscura, ya gastada por colocar mi mano siempre en el mismo sitio. Mientras la luz entra tímida en la habitación, doy algunos segundos para que mis ojos se acostumbren a la iluminación. Como a la luz de un tipo de lumbre desfigurada, la casa emana negro y verde. Las sábanas y almohadas se mantienen en su sitio sobre el sofá de la sala. La puerta del patio trasero aún abierta de la última vez que mi tío salió al baño. Y la puerta del cuarto de abuelita se mantiene cerrada, con el olor fétido de paños húmedos emanando entre sus resquebrajaduras. Cuando empujo, las bisagras ceden en un crujido oxidado, y conforme el aire de una habitación cerrada por años brota hacia afuera, contengo la respiración y escucho.

— Mejor así que tentar a los demonios—retumba una voz al fondo; esta vez no fue abuelita quien lo dijo.

Grotesco

Las palabras se cortan y ceden ante accesos de tos. *Espérame*s frustrados. *Un-momentos* frustrados. «¿Un vaso de agua...?», silencio. Tos. Siempre lo mismo. La puerta se abre, gruñe; el interruptor chasquea, seco y, de pronto, la luz incandescente y enfermiza inunda el marco de la puerta. Una sombra inclinada sobre el lavabo. Saliva que se mezcla con agua. El agua corriendo, rompiendo la luz enfermiza en su camino a un abismo de plomería que se resquebraja.

Todo en casa se rompe. El silencio se despedaza ante la tos. La paz se fractura cuando la frustración deja ver sus venas hinchadas e inoxidables. Una plática tranquila se desvanece en el hoyo negro temporal.

Tos, más tos.

Sobre el lavabo, mi madre, su sombra y dos manos. La madera del mueble truena ante su peso, mientras trata de respirar, mientras trata de dominar los espasmos. Pero una energía oscura los alimenta desde dentro. Energía que crece y consume vida.

Menos voz y más tos. La escena cambia. Ya no reconozco el gruñir de la puerta en el hospital, ya no reconozco la llave que trae agua caliente o fría, ya no la reconozco a ella, ni al espectro de lo que una vez fue mi papá. Pero reconozco las manos de ambos, unidas al borde de la cama, entrelazadas hasta el último instante. Finalmente el electrocardiograma se hunde en el silencio, la línea verde que parece querer saltar en cualquier momento no lo

hace, y el oxígeno deja de fluir por los cientos de tubos transparentes que la mantenían con vida. Mi padre tiembla, y luego del último apretón, cuando sus dedos se juntan por última vez, la cara de mi padre se hunde en una mezcla de sal, tristeza, sollozos, arrugas y piel.

Días después, veo un suelo inmundo que acumula polvo. Conforme levanto la mirada, escucho el fuego crepitar, consumiendo vida para dar calor. No somos más que conversiones. Somos átomos reutilizados. Puestos a trabajar una vez más, en la infinita máquina universal que se desordena en entropía positiva. Veo una rejilla rota, una parrilla de metal herrumbroso que se parte por la mitad.

— ¿Qué es el hierro colado, papá?

Lo escucho inhalar. Segundos después, demasiados segundos después, exhala. Su mirada me ve cansada y se levanta del sillón en la oscuridad. Sus pasos se fusionan con el fuego quejumbroso. Se planta a mi lado y fija su mirada en la mísera parrilla.

— Es... un tipo de hierro, hijo. De menor calidad. Hecho con viruta de hierros pasados. Hierro reciclado, refundido, puesto a trabajar luego de haberse usado en algo más. Es el hierro que usas cuando no necesitas que algo sea fuerte o que dure demasiado, porque es menos maleable, más rígido, débil por naturaleza. O quizá por el achaque de la experiencia.

Camina hacia el sillón de nuevo. Hacia la oscuridad que lo acaricia, noche y día. Quizá no fue así, pero lo escucho decir:

*A veces pienso que ese hierro soy yo,
fundido, reutilizado,
arrastrándose por una segunda vida que ya
no le pertenece*

Y yo agrego:

*No sin una razón de ser, no
sin mamá...*

La desaparición de las flores

Antes de la desaparición de las flores, Facundo estudió en el Instituto Central para Varones en la zona 1 de la capital. Se remitió a sí mismo, a los libros y a los abusos irregulares de quienes le veían como el extraño en una atmósfera de risas y atropellos. Era una época sórdida, de ojos ciegos y abuso genocida, de rumores de guerra y secuestros tortuosos, de lágrimas coartadas y amenazas de muerte. Una época ahora perdida en la memoria de quienes lo vivieron, en la memoria de quienes murieron en la selva.

En su primer año universitario, Facundo se mantuvo al margen de la Asociación de Estudiantes. Esa mítica asociación con falanges que se movían en las sombras, que acariciaban a la guerrilla. Entretanto, Facundo estudiaba Economía y bajo un profesorado siempre cambiante, ganaba algunas miradas por su avidez a la lectura y eterno silencio. Una noche un profesor nuevo, como todos lo eran, lo invitó a quedarse luego de clases. Le dijo: ¿qué tanto lees, mijo? Y Facundo no respondió. Acompañame, le dijo luego, y caminaron fuera del aula. Llovía en la ciudad universitaria, y el profesor extendió un paraguas. Luego empezó a hablar.

—La lluvia es nuestra única aliada, ¿sabés? Solo aquí no nos escuchan; solo aquí tenemos una excusa para caminar juntos—y el profe se quedó callado.

—Nos están matando, Facundo, y eso lo sabes —continuó—. Lo habrás adivinado, viendo que yo soy tu tercer profesor de Introducción a la Economía en tres meses. Pero no tengo miedo, tengo rabia, ganas de hacer algo. Y sé que vos también la tenés... La rabia, digo. Sobre

todo, tenés la facultad del silencio, que pocos en esta asociación tienen. Muchos entran por sueños ineptos de éxito y un séquito de leyendas bajo su nombre. Así no funciona la revolución. La revolución te roba el nombre, se lo traga. La revolución no admite héroes ni egocentrismo. La revolución es la más honorable de las búsquedas, y yo sé que vos, Facundo, la has estado buscando. Desde que mataron a tu hermana, sé que la has estado buscando.

Luego el profe se marchó. Le entregó un papel enrollado y le dejó bajo la lluvia en la Plaza de los Mártires. Una cortina de hierro crucificaba el suelo, pero en la cabeza de Facundo retumbaba una sola frase: «La revolución te roba el nombre, se lo traga». Poco importaba no tener nombre, si su hermana nunca lo tuvo. Luego de aquella bomba a bordo del bus en el que viajaba, su nombre se borró entre las esquirlas. Eso fue cuando Facundo aún estudiaba en la escuela, mucho antes de su afición a los libros. Su afición vino después: los libros de su hermana pasaron a ser suyos, la única parte de ella que aún le cuidaba desde las letras apolilladas.

Facundo desenrolló el papel bajo la lluvia, y la tinta empezó a desvanecerse bajo los goterones. Alcanzó a leer un único nombre sobre el papel: Marina. Luego deshizo el papel bajo el agua y lo dejó caer. A la noche siguiente, el profe guardaba sus cosas luego de clases. Facundo esperó a que se vaciara el aula y se acercó a él. Marina, le dijo, y el profe entendió. Esperame el jueves a esta hora en el parqueo de ingeniería, le respondió.

Tras este nombre desconocido, la vida de Facundo aceleró. Se precipitó hacia un submundo de mítines secretos, de susurros revolucionarios y ánimos de venganza. Facundo encontró lucha, odio atolondrado, intentos

frustrados. Encontró en la Asociación de Estudiantes, no a una omnipresente e imparable máquina guerrillera, sino a jóvenes con hermanos muertos, a profesores con hijos secuestrados, también a algunos viejos armados y demacrados.

En la primera reunión conoció a Marina. El profe se la presentó: ella le extendió la mano y continuó hablando con quien luego supo era el comandante Castañeda. Marina tenía el pelo negro, sofocado bajo una trenza perenne que le colgaba por la espalda, y constitución seria, eficaz. Pero Marina también tenía el cuerpo de una mujer que vivió terremotos. Tras las manos encalladas alguna vez hubo piel suave y tibia, tras el overol desgastado se atisbaba solemnidad y profunda honestidad. Por sobre todo, Facundo imaginaba una flor morada posando sobre su pelo suelto; alguna vez tuvo que haber estado allí: un alma como esta no nace en el odio, sino crece en el amor y cambia por la tragedia.

Facundo continuó estudiando. En algún momento, el profe de Introducción a la Economía dejó de llegar; llegó uno nuevo. Lo habrán mencionado en uno de los mítines bajo la voz recia del comandante Castañeda. La rabia se acumulaba en el salón, como un sopor imparable. Pero la revolución te roba el nombre, se lo traga, y la máquina continúa el asedio. Así, Marina y Facundo conjuraban planes, discutían fallecimientos, balanceaban fuegos. La noche de la desaparición del profe, en específico, Marina le contó a Facundo que conoció a su hermana. Raquel fue parte íntegra de la Asociación en tiempos de Colom Argueta. Hace años, ya, cuando Marina era solamente tesorera en la Asociación. Fue un desperdicio, dijo Marina esa noche. Murió en el asalto estúpido de un niño con ánimos revolucionarios que puso una bomba en el bus en

el que viajaban un militarcito inconsecuente y tu hermana. Se llevó el alma de decenas en busca de fama. A él lo mataron a la semana.

—No voy a permitir que nada te pase a vos, Marina—quiso prometerle Facundo.

—No podés prometerme eso, Facundo. No te lo permito—le respondió ella.

En honor al profe, Marina sostuvo la próxima reunión con los líderes de la guerrilla urbana. El gobierno los estaba descascarando, el profesorado desaparecía y la Universidad los reemplazaba como huevos rotos. ¡Tenemos que hacer algo, Facundo!, le dijo Marina, frustrada y desahuciada. Pero Marina perdió el control, perdió aquella eficacia que le era insignia. Salió a la calle mientras no llovía, entró al cuartel de la guerrilla urbana en plena luz del día. Les rogó que hicieran algo, pero la guerrilla sangraba más que ella misma. No podemos hacer nada, le respondieron, y sus ojos se hincharon con sangre. Fue ella misma a buscar al culpable. Fue fácil: otro militarcito pasando el rito de iniciación dentro del gobierno genocida. Y lo mató, con su trenza imperturbable y el overol desgastado. Facundo notó algo extraño, le preguntó si todo estaba bien. Marina nunca le contó, pero lo dedujo cuando la encontró colgada bajo la ceiba en la Plaza de los Mártires. Desnuda, con el overol en el suelo, un tablón se le clavaba en las costillas con la frase «¡Que viva la revolución!». A sus pies, una alfombra de flores marchitas. Facundo pisoteó las flores, maldijo la revolución.

Noviembre en San Jamar

— ¿Cuál es su fascinación con este pueblo, Doc.? —le pregunté mientras arrastraba con desgano un trapo viejo sobre la madera abollada del bar.

De todas las tardes que pasé con el Doc., esta se ha quedado grabada en mi memoria con una intensidad tan fuerte que me cuesta desentrañar. Las tardes de noviembre eran el epítome de tranquilidad en El Atolladero. De no ser por el Dr. Ramón Santamarina, don Ramón, *el Doc.*, las únicas copas que se hubieran servido eran las que me servía a mí mismo en la espera ilusa por un cliente esporádico.

Por suerte, el Doc. nos visitaba cada noviembre, hablaba poco y con tanta simpleza que, de no ser porque se presentaba ante todo mundo como *El Dr. Ramón Santamarina, para servirle a usted*, nadie habría creído que cursó seis años de Medicina más allá de las costas de San Jamar, en la, según él *famosísima y tricentenaria Universidad de San Carlos...* y luego un suspiro.

Vengo y saco el frío que lleva acumulándose durante el año. Será eso, vos. Si no es eso serán tus tragos bárbaros, Carlos—me respondió desde fuera del bar, sentado en una silla que daba a las palmeras de la calle. El Doc. hizo regla de nunca entrar al bar, se sentaba siempre fuera, y lo hizo así desde la primera vez que pisó el suelo de esta isla en la orilla del mundo.

— Buenas...—me saludó tranquilamente desde la puerta esa primera vez— vengo buscando algo que me quite la sed, y bueno... pregunté en el aeropuerto y me han dicho

que este es el lugar.

— ¿Con el aeropuerto se referirá a ese pedazo de tierra plana que da al mar? —le pregunté sonriendo—. Claro, pase adelante. Lo han enviado al lugar correcto, en *El Atolladero* tenemos fama de ser el único bar de la isla. No sé exactamente cómo nos la hemos clavado, será porque realmente somos el único bar de la isla... En fin, ¿qué se le antoja?

Recuerdo que me pidió un gin tonic con el cual no le pude complacer. En su lugar, el Doc. tomó un vaso frío de agua tónica sobre el pasillo del bar, sentado en la misma silla en la que se encontraba en esa tarde de noviembre de la que hoy escribo. Esa tarde, sin embargo, sí había gin tonic. A partir de entonces siempre hubo *Gin tonic* en noviembre en San Jamar.

Algún número de veces, le hablé al Doc. sobre Rosario.

—Es que Rosario, Rosario mi amor... Se lo juro, Doc., que me tiene de cabeza. Esa mujer me tiene de cabeza —le hablaba entre delirios.

— Vos lo que tenés de cabeza es el bar, que es otra cosa. ¿Cuándo le vas a decir que te gusta? —me preguntó impasible.

— Se lo juro, Doc., este jueves... Este jueves en la feria, se lo juro que...—y me detuve. No necesité escuchar el « ¿Me jurás qué cosa?» para saber que no tenía más qué decir.

— Yo qué sé, Doc. — le dije—. Si ella se dignara a, no sé, a decirme que le gusto....

— ¿Y qué tal si vos te dignaras a hacerlo? Por lo que veo llevás un año de reírte con ella esperando a que adivine que

se te derrite medio hemisferio con solo oír su nombre. Y de comértela con los ojos, que eso ya todos lo saben. Carajo, que hasta ella lo sabe, pero eso no es lo que necesita de vos. Lo que necesita... a ver, lo que ustedes necesitan es que vos se lo digás, que usés tus ojos para verla de frente y le digás que te trae loco. Vamos, Carlos, que ya te dije que a las mujeres les gusta que les digan las cosas de frente.

Apreciaba al Doc., por sobre todas las cosas, por su brutal sinceridad. Porque te decía lo necesario, a sabiendas siempre de que podías tolerarlo. Que *necesitabas* tolerarlo para salir adelante. El Doc. no era insensible; en todo caso, era realista.

Aun así, me dolía escucharlo hablar la verdad.

— Vea, pero es que para usted es más fácil, Doc. En su tiempo y de donde sea que usted venga, seguro que los matrimonios eran arreglados y lo único que tenía que hacer usted era enamorarse y decirle a un señor bigotudo que le gustaba su hija. ¡Así cualquiera! —dije entre bromas.

El Doc. no contestó, aunque creo que pude ver su bigote acomodarse en una leve sonrisa.

— ¿Sabés cuándo me di cuenta yo que la vida es simple? —me preguntó, serio de nuevo.

Yo había recién terminado de limpiar el bar por el día, así que salí a sentarme al pasillo con él. Jalé un banco pequeño, coloqué mis pies entrelazados entre las patas y me recosté contra la pared. En esos tiempos el bar estaba pintado de azul, recuerdo, y la pintura se resquebrajaba por la sal del mar.

— Cuando el señor bigotudo le dijo que sí se podía casar con su hija, imagino —y le sonreí.

— Podré estar viejo pero no anticuado, mijo. A ver cuándo se te va quitando la idea de que todos los que tienen más de veinte vienen directo desde el siglo catorce, enviados por el mismísimo Señor Feudal a darte consejos que fingís no escuchar. A ver, retomándolo, que no voy a estar acá para siempre, —me dijo mientras volteaba a verme— ¿sabés cuándo me di cuenta que la vida es simple?

Usted me dirá, Doc. —le respondí.

Cuando el Doc. iba a misa -me contó- hace años ya, cuando era de alguna forma creyente, el padre les sorprendió una tarde de domingo con una historia personal. Ya sabés cómo son los padres -me dijo- por lo general son amables pero nunca sabés qué hacen luego de bajarse del Presbiterio, o cuando salen del confesionario; ya sabés, son amablemente discretos. En fin, continuó, esa tarde era diferente. Mi esposa y yo llevábamos tal vez un año de asistir a la misa de la Iglesia Corpus Christi, recuerdo que el techo era angular, blanco, de hierro, y la congregación estaba dividida por un pasillo casi abismal en el que luego todos se aglomeraban a hablar cuando el padre acababa el sermón. Creo que es necesario que entendás, que yo solía ir a la iglesia todos los domingos con mi esposa. Antes de empezar a venir San Jamar, mucho antes, íbamos cada domingo a misa. El Doc. tomó una pausa, sus ojos se desviaron por un momento a los charcos de agua estancada que se apilaban al lado de la calle frontal, luego retomó la historia con un leve suspiro. En fin -me dijo- ese día el padre nos habló de sus inicios en el catolicismo. Nos contó que él siempre fue devoto, iba a misa con sus padres, participaba en las actividades que organizaba la iglesia, fue monaguillo incluso; para todos los

fines, un buen muchacho, dedicado a Dios y a los estudios. Venía también de una familia de clase media, acomodada, que se podía permitir pagarle estudios privados a él y a su hermano. Su hermano mayor, que le llevaba cinco años, se graduó del colegio y entró a la universidad. Estudió Ingeniería Civil, se graduó otra vez, se fue a estudiar una maestría. Todo luces y maravillas. Luego llegó el momento de él, del hermano menor, del ahora padre de la Iglesia Corpus Christi. Te imaginarás qué hizo -me tentó el Doc.-. Y yo, claro, que le respondí que debió haberse apuntado para ser sacerdote.

— Eventualmente sí—me dijo el Doc., riéndose— pero antes hizo algo más importante: antes, se enamoró.

Allí te das cuenta -me dijo- que por más que vivamos en el presente, todos vienen con tanta historia detrás, como hilos que les cuelgan de la piel y se extienden al pasado, entrelazándose con otras personas, tropezando con las historias de otros. ¿Vos creés que la congregación sabía que su amado y, según, célibe padre estuvo casado con una muchacha de las costas orientales del país por tres años? Que amó a una muchacha que su familia odió hasta que murió.

El Doc. me contó que el padre, graduándose del colegio, se fue de viaje a Playa Blanca, una zona costera que daba al Atlántico, con algunos amigos. El viaje estaba planificado para dos semanas, pero por ella, a quien conoció en Playa Blanca, se alargó a un mes. Un mes de llamadas incesantes de parte de su familia, que le preguntaba qué había pasado al principio, que lo acusaba de inepto y estúpido después. Que te vas a arruinar la vida, que ella solo se aprovecha de vos, que estás muy pequeño como para andar en estas, le decían, que a veces la familia debería ahorrarse las palabras,

me dijo el Doc. El padre la trajo a la ciudad, la introdujo a su familia, les dijo «me voy a casar», y lo vieron como loco, les dijo «la amo», y le reprendieron por inmaduro. Pero lo hizo, se regresaron a la costa y se casaron en la playa, con la familia de ella y algunos nuevos amigos. Vivieron juntos por tres años, con él pescando, trabajando de ayudante de albañil, manejando para la bananera local, con ella de mesera en un restaurante local, para turistas. Vivieron juntos por tres años así, trabajando para verse en la noche, para fundirse en amor del que pocas veces encontrás en la vida, de ese que flota entre los escombros de cualquier diluvio, del amor seguro de sí mismo. Vivieron juntos por tres años hasta que ella murió.

Por los diez segundos que el padre pasó callado frente a la congregación, con las manos apretando el púlpito en una mezcla de orgullo y tristeza, con la mejilla desdibujando una única lágrima, el Doc. me dijo que intuyó que la muchacha debió ser de otro planeta. O lo que es igual, de la costa. Nunca les dijo su nombre, pero el Doc. le ha puesto *Mireia* de cariño, un ser divino y moreno, de pelo corto, colochó, con labios prominentes y de estatura baja, con piel suave de la que se te derrite cuando te abraza, que usaba overoles y pendientes abombados, con pestañas cortas pero ojos abalanzados, inefables, que se te escabullen entre los poros con cada mirada, de voz suave, risueña, que cambiaba de tono como cambiaba de aretes, a veces aguda y otras veces grave, que cantaba a todo pulmón y te decía las cosas de frente. Mireia, que tenía una nariz que se encorbaba levemente cuando se reía, y que el día de su boda le dijo que, en ese instante, lo quería a él, solo a él, a lo cual el padre respondió que eso era suficiente, mi amor, porque ahora, ahorita, te amo a ti, solo a ti.

Que el padre haya dejado todo, a una vida tranquila, a un

futuro asegurado, todo por un amor que, sin saberlo, estaba condenado a morir, que lo haya hecho con seguridad de la que pocas veces encontrarás en la vida. Todo esto, me dijo el Doc., me confirmó esa tarde de domingo que la vida será muchas cosas, será maravillosa, atroz, fugaz e interminable; pero a veces y de a pocos, también es simple. El Doc. me contó que bajó la mirada mientras el padre se aferraba al púlpito y encontró la mano de su esposa apoyada en sus muslos, con los dedos abrazando su rodilla, me contó que tomó su mano y la apretó contra la suya, me contó que sintió el fuego del diario vivir apaciguarse por un instante, por uno de esos instantes en donde respirás y te das cuenta que, carajo, tal vez la vida sí es simple, y te hundís en la pasión.

...

El día que el Doc. tomó su avión de vuelta a casa lo acompañé al aeropuerto, y Rosario vino conmigo. Al aeropuerto de San Jamar le decíamos El Ventarrón, despegaban solo vejestorios con alas, antigüedades de la era de la ubicuidad de Pan Am, y levantaban tanto polvo entre despegues y aterrizajes que los locales se excusaban tras el polvo por las lágrimas que se sembraban a cántaros a sus pies. El Doc. se despidió serio, como siempre, me apretó la mano fuerte y se negó a abrazarme. «Nada de agua tónica para el otro año, ¿eh?», me dijo y abrazó a Rosario fuerte. «Cuídelo, ¿oye?», le dijo a ella, y se dio la vuelta rápido, con un maletín en la mano. Recuerdo que echó un último vistazo a la isla antes de subir a la avioneta, y quizás sea mi imaginación, pero juro haber visto a su bigote acomodar una sonrisa.

Parados al lado de la pista, Rosario y yo, vimos al avión despegar entre la nube de polvo y despedidas

enmudecidas. Entre la tierra que flotaba fuera y la telaraña que se enredaba en mi cabeza comencé a llorar, por el Doc., por Rosario, quizás hasta por toda la vida que aún tenía al frente. La vida era simple, tan simple como llorar por un hombre que te visita una vez al año o por una mujer a quien amas aún en silencio. Rosario no entendía por qué lloraba, pero me abrazó sin más.

— Si pudiera abrazarlo todito para que se sintiera mejor, lo haría, Carlos. Venga, todo va a estar bien — me dijo mientras me apretaba contra sus pechos.

Yo ya no quería amarla en silencio.

Ayer

Cuando la vi estaba sentada en la mesa que usamos hace algunas semanas. Tenía la mirada abajo, con sus dedos deslizándose por la pantalla de su teléfono. El lugar nos vio nacer, un puesto de donas que sin lugar a duda será el anfitrión de un sinfín más de historias de amor y desamor.

Me acerqué despacio, con el corazón palpitando, casi a punto de estallar... «Hola», le dije. Ella volvió su mirada a mí, y sus ojos infinitos me vieron con la misma alegría con la que siempre me han visto. Quizá hoy tenían un poco de nostalgia al fondo, pero ella no tenía ojos tristes.

Me preguntó por mi día, me contó del suyo, me habló de sus proyectos y de las fechas entrega. Me contó cosas graciosas, me señaló su suéter, «este lo compré hace poco», dijo. Y claro, que estaba lindo. Sin duda que se veía gloriosa con eso y cualquier otra cosa.

Luego vino el silencio. Dos cafés humeantes al frente que ninguno de los dos había tocado por miedo a las consecuencias. La temperatura bajaba, mis ansias se calmaban, «quizá todo va a salir bien», me dije.

Entonces, cuénteme

«¿Qué quiere que le cuente?», preguntó entre chistes. «Pues, no sé, si tendrá algo que decirme...» Y ambos reímos. Parecía por un momento absurda la situación. Luego de platicar y reír con tanta naturaleza, ¿por qué decidir activamente por hablar de lo que nos agobia?

Porque nos queremos. Ella empezó a hablar, y mis oídos se abrieron para asimilarla toda.

«Todo parece tan nublado, Fernando. Todo a mi alrededor. Mi trabajo, la universidad, ahora usted... Y me pone triste, me pone ansiosa pensar que no encuentro las razones por las que a veces quiero dejar todo y salir corriendo. El trabajo va bien, está expandiéndose como nunca y sé que tengo oportunidad de crecimiento, pero todo el tiempo estoy pensando en lo que viene después. Ya ni siquiera pienso en el estudio en la Antigua, pienso en el siguiente estudio al que iré yo sola a trabajar. Y la universidad, que por tanto año he tenido encima, ya no la quiero... Mi cuerpo se reniega a ir, a hacer lo que falta, y también se regaña a sí mismo porque... 'Inés, has estado pagando la Universidad por años sin hacer nada. Ya, andá, terminala de una vez por todas'. Y yo entiendo eso, entiendo a esa parte de mi cabeza, pero la otra no quiere, la otra piensa y se ensimisma en lo que vendrá después, en lo mucho que el futuro se asemeja a un túnel oscuro que no puedo deslumbrar.»

«Vengo entonces y le digo esto porque pienso que quizá hablándolo con usted puedo entenderme. Porque me cuesta hacerlo sola, me es físicamente imposible concentrarme por mucho tiempo en encontrar respuestas a lo que me atribula. Lo intento, se lo juro, pero cuando mi mente se pone a pensar siempre divaga hacia mil otras ramas que me llevan a todo el mundo menos al punto al que quiero llegar. Al punto en el que quizá estén las respuestas.

«Lo que yo sé en este momento es que desde hace algún tiempo, algunos meses, me di cuenta que quizá no estaba tan enculada de usted como yo creía que lo estaba. Porque me enulé rápido, rapidísimo al principio, y en esa fantasía me perdí. Y lo veo a usted, tan seguro de sí mismo, tan

seguro de la relación, y me da pánico pensar que no le puedo dar lo mismo. Y es que usted me fascina, Fernando. En tantos aspectos, en tantísimos que realmente no puedo contarlos. No había razón para que nos encontráramos hace unos meses, pero pasó, y usted fue una pequeña luz en mi año. Quizá la luz más importante que encontré en el camino.

Silencio

Me abrumó escucharla hablar con mis propias palabras. Como con tantas cosas que han pasado, Inés me ha sorprendido vez tras vez al subvertir mis expectativas. Y mi conexión con ella creció en ramales gigantescos cuando vi en ella ese pánico y ansiedad por el futuro, la misma ansiedad a la que yo le he guardado temor por tanto tiempo. Al ver en ella, si bien por otras razones, el mismo miedo a no poder encontrar algo objetivo qué señalar como el culpable o causante de sus dolores e inseguridad.

«Lo veo a usted y no veo nada malo, veo su esfuerzo y su cariño y no entiendo por qué, solo por qué no me puedo dejar ir», me dijo.

«Usted piensa que estoy seguro de todo», le dije, «pero la realidad es otra. Una que me da mucho miedo contarle, pero que creo debo hacer. Por el bien de los dos.

Yo también he sentido inseguridad en los últimos meses. Una inseguridad similar en la que no encuentro qué es lo que me mantiene al filo de la piscina sin poder nunca dejarme caer. Es una inseguridad intangible que me atrofia porque pienso que ‘debo ser yo el del problema’. Y la inseguridad, creo, recae en mi miedo a tomar decisiones importantes.

Mi gusto por la comodidad agobiante del limbo en el que me he mantenido por tanto tiempo. Y la decisión que debo tomar, creo, es la de decidir abrirme sexualmente como persona. De detenerme y dejar de auto-reprimirme a cada instante. Y, también, un miedo a las consecuencias de yo no ser capaz de tomar esta decisión plenamente.

También me he dado cuenta de la dependencia emocional que me caracteriza y que he llegado, para el más grande de mis pesares, a tener con usted. Y es que la parte racional de mí comprende que usted es una persona completa en sí misma, y por ende está en todo el derecho de gozar de sus propias actividades, amistades, tiempo propio. Pero mi corazón sufre el desapego y me es muy difícil despegarme. Creo que porque interpreto el desapego como una señal del final de las cosas, y el fin de esto que tengo con usted me causa mucho, mucho pánico. »

Esperanza

Recuerdo con ferocidad que en ese momento Inés me observaba con mucho detalle. Tenía los ojos abiertos y pensativos. Sin dar demasiado tiempo al pensamiento, ella habló. Luego de hacerlo me di cuenta que mis palabras, por complicadas que fueran, entraron en sus oídos con completa e inmensurable facilidad. Se deslizaron y posaron dentro, y la hicieron pensar en algo que no se había siquiera permitido considerar en todo este tiempo.

«Todo esto que dijo, Fernando, me puso a pensar...», dijo y tomó una leve pausa. «¿Se recuerda del viaje a Pana? Bien, ¿se recuerda que en algún momento estábamos hablando con Carlina, y ella mencionó la diferencia entre los signos compatibles y complementarios?»

«No lo recuerdo», le dije.

«Bien, no se preocupe. Pero la idea general es que los signos Acuario y Virgo no son compatibles, para nada. Y en ese momento consideramos que ‘oye, quizá somos complementarios’. Pero escuchándolo a usted, y dándome cuenta que estamos ambos parados sobre, sino la misma, sí casi la misma piedra de inseguridad, me pongo a pensar que quizá de esa forma tampoco somos complementarios. Que quizá si ninguno de los dos podemos darnos seguridad sobre lo que nos agobia, porque ambos estamos inseguros, esto pueda no funcionar.»

Furia y dolor

¿Me habré autodestruido con mis palabras? Quizá debí haber callado, guardado mi inseguridad y miedo para otro momento. Para momentos en los que yo estuviese solo, quizá no debí haber dicho nada. «Si yo solo puedo solucionar las cosas», dije ingenuamente.

Y me mantuve en silencio por lo que parecían ser horas frente a ella. Ella respiraba, me observaba fijamente mientras yo hundía la mirada en el silencio de la ventana. ¿Qué decir cuando lo que ella dice hace tanto sentido? ¿Qué decir para no tener que tomar la decisión más difícil de todas? ¿Qué decir para no admitir que quizá no somos complementarios, y que, en este momento, nuestras inseguridades nos están erosionando por dentro?

Pues no decir nada. Molesto le pregunté si ella estaba dispuesta a dejarlo ir todo, entonces, solamente «porque no somos complementarios». La desidia se oía en mi voz conforme pronunciaba las palabras.

«No, Fernando, no lo encierre todo en bipolaridad», me dijo un poco frustrada por mi incomprensión. «No hay solo dos opciones, hay todo un espectro de situaciones. No es un todo o nada, no es que si no podemos funcionar en la posición en la que estamos ahorita, no podamos funcionar en alguna otra forma, o que no podamos funcionar nunca. La realidad es que yo no descarto nada, ninguna de las opciones que tenemos al frente. Pero pienso que si yo no le puedo dar la seguridad que usted necesita en este momento, y usted tampoco me la puede dar a mí, y que a pesar de que comprendo que la seguridad que ambos necesitamos no va a venir del otro sino de nosotros mismos, quizá seguir juntos signifique más dolor para ambos, más ansiedad y falta de resolución.»

Entendimiento

La realidad es que en mi ofuscación por no perderla dejé ir el punto de su sugerencia. Mi miedo al final de las cosas me hizo dejar a un lado la realidad que se acercaba detrás de lo que pensó. Y comprendí que debió ser igualmente difícil para ella sugerirlo, pero que a pesar de todo lo dijo. «Porque prometió ser honesta conmigo», y siempre lo fue.

«Lo siento», le dije.

«La realidad es que la entiendo, pero esa misma realidad me da miedo. Porque a pesar de todo, a pesar de que comprendo que quizá estar en este mismo punto de nuestras vidas no nos beneficie como pareja, usted a mí me gusta, y yo a usted la quiero, y no quiero que las cosas acaben. Porque es diferente querer a un amigo y querer a tu novia. Las acciones podrán ser similares e igualmente significativas, pero cada uno se clava en tu corazón de

distinta forma, y algunas cosas son más difíciles de dejar ir. »

«Yo tampoco lo quiero dejar ir a usted, Fernando», me dijo suavemente. «Yo quiero estar aquí para usted siempre, quiero apoyarlo y ayudarlo. Quiero escucharlo porque me fascina hacerlo y porque sé que usted va para cosas grandes. Y yo voy a hacer eso, yo quiero hacer eso de cualquier forma, sea la relación que tengamos.»

Interludio

El café había dejado de humear y el calor se acercó a mis labios. «La entiendo», le dije. Tomé café, asenté la taza en la mesa, y una infinidad de segundos después... «La entiendo, pero no sé, Inés». Ella asintió, ambos desdibujando la montaña de decisión que teníamos al frente.

Y nos abrazamos. Ya era hora de salir de allí.

Frío

Afuera hacía frío y yo no había llevado chumpa. Recuerdo que nos adentramos hacia la ciudad blanca, buscando un lugar dónde sentarnos. Inés sugirió algunas bancas, pero estar al aire libre me ponía incómodo. «Este tipo de decisiones no se toman al aire libre», pensé.

«Tengo mucho frío», le dije. Y ella me abrazó, se ancló a mi brazo y seguimos caminando.

«Quisiera poder abrazarlo todo y caminar a la vez para darle calor», me dijo con infinita ternura.

«Con que me caliente el brazo derecho, cariño. Es suficiente», respondí contento. Luego recordé un sofá cómodo que se escondía bajo unas gradas que coronaban la entrada a uno de los baños de la ciudad. El sofá estaba alejado, encerrado y a oscuras. «Vamos al sofá», le dije, y ella entendió.

Sofá

Frente a nosotros se alineaban treinta casilleros numerados. Recuerdo que los casilleros descansaban bajo la forma de las gradas, y los más altos seguían su inclinación, con la forma de su puerta acoplándose a la diagonal de las gradas que subían. Todos numerados y cerrados, excepto por el penúltimo, que estaba al nivel del piso y tenía la puerta entreabierta. Como invitándome a descubrir un secreto...

«¿Cree que hay algo más que tenga que decirme? Lo que usted quiera. O aunque no sea nada nuevo, aunque quisiera repetir o reiterar algo. Yo lo escucho», me dijo luego de un momento de silencio sobre el sofá. Mi brazo rodeaba su cuerpo y su cabeza se inclinaba en mi pecho.

«Sí», le dije, y su cabeza se separó para escucharme.

«Vea, creo que estoy bastante seguro del causante de mi inseguridad, por más extraño o irónico que eso suene. Creo que lo que no me deja ir, lo que me mantiene atado emocionalmente es el miedo a decidir si quiero tener sexo o no. Eso, así crudo, es lo que me da miedo. La decisión y las consecuencias que ambas opciones involucran. Porque sé que esto es una parte muy importante de una relación. Y no me refiero al acto en sí, sino a la decisión que debe coincidir entre ambos de practicarlo o no. Y de la mano, las

razones de ambos para hacerlo o no. Creo que usted tiene esto muy claro, y pensar que yo no lo tengo me provoca miedo, pánico, ansiedad, inseguridad...»

«Y no quisiera que usted tenga que tomar esa decisión a la ligera», me dijo, «mucho menos que la tome por mí. Vea, -continuó- yo estoy muy consciente de que hay dos formas de practicar una vida sexual, que no son mutuamente excluyentes pero que sí son, al menos para mí, diferentes. Está el sexo sin sentimientos, digamos, uno en el que disfrutás y sabés con seguridad que no tenés nada más que atracción física por la otra persona, que nunca la vas a volver a ver, probablemente, y te dejás ir. Pero la otra forma de sexo es muy diferente. Infinitamente más especial, incluso. Creo que en algún momento yo le dije que yo era más 'dominante' en estas cuestiones, pero creo que eso solo sucede si es algo sin sentimientos. Cuando estás en una relación, y compartís eso con alguien, alcanzás un nivel de intimidad bárbaro, como ninguna otra cosa te da con esa persona. Y estoy muy consciente de que en mis relaciones me gusta compartir todo con esa persona, todo incluyendo esa intimidad. Pero más allá de que usted no se sienta seguro en este momento, Fernando, hay que recordar que yo tampoco lo estoy. Y es que usted podría querer o no querer tener sexo, pero eso no influiría sobre lo que yo quiero. Yo podría querer incluso si usted no lo quiere, pero... eso no me pasa. No me puedo dejar ir, y como le dije, no entiendo por qué. No entiendo por qué si usted me fascina.»

Liberación

Cuando la escuché pronunciar estas palabras mi cuerpo se dejó ir. Mi interior se deslizó y dejó un solo cascarón

flácido fuera. Cayó hacia mis pies y entre el polvo encontró una respuesta por mucho tiempo olvidada, una verdad que había estado colgada al fondo de mi mente como una nota olvidada al lado del refrigerador. Desempolvé y desdoblé la nota, teniendo cuidado de no destruirla. La abrí de a pocos, y conforme el papel viejo cedía ante mis dedos desdibujé tres palabras entre el hollín de la suciedad. «No lo forcemos».

Hoy me llena de tristeza recordar que esta pequeña frase resonó con tanta fuerza dentro de mí. Porque sabía la respuesta mucho tiempo antes de encontrarla, siglos antes de atreverme a pronunciar sus duras letras.

«Entonces mejor no lo forcemos, Inés. Quizá ese es el camino», le dije. Ella asintió con infinita comprensión y quizá algo del miedo que yo mismo sentía dentro. Luego continué, «Creo que nuestras mentes están partidas entre estos dos frentes contrarios que luchan perennemente. Una parte analiza todo racionalmente, mientras que la otra siente lo que es correcto o incorrecto en un abrir y cerrar de ojos. Y cuando ambas se contradicen, cuando la primera no encuentra razones para dejar ir algo, mientras que la otra simplemente sabe que lo tiene que hacer... desastre. Es una disonancia horripilante que te come por dentro. Pero creo que, si no usted, al menos yo siempre he luchado por hacerle caso a la parte racional, por no dejar ir las cosas—o no perseguirlas, en todo caso—hasta tener una razón concreta que valide mis deseos. Rara vez escucho al instinto, a lo que me dice que ‘algo no está bien’, porque me frustra sentirme así pero no poder apuntar con claridad hacia qué es lo que me atribula. Quizá, como le decía, la respuesta está en seguir este otro camino. Plagado de preguntas, claro, pero uno que no hemos seguido en algún tiempo. Es el camino inexplorado y tortuoso que quizá nos

lleve hacia algún tipo de resolución.»

Inés, dos ojos y una sonrisa

Ella siempre me pareció asombrosa, aunque en ocasiones, inaccesible a mi mente. Tan diferente a lo que había encontrado antes. Con una personalidad tan brutalmente real que parecía descalibrar mi polígrafo. Inés no era de este mundo, pero si el mundo merecía a alguien, la merecía a ella.

Luego de hablar, me perdí en la confianza. En la cercanía que a pesar de todo aún conservaba anclada al corazón. En la infinita ternura que tenerla entre mis brazos aún me provocaba. «Tengo mucha hambre, Fernando», me dijo. «Vamos, entonces», le dije, «yo la acompaño a comprar algo.» Ella sonrió con esa risa en la que sus ojos, como un par de estrellas titilando, se cierran en mil arruguitas y me profesan un cariño estupendo. Como cuando la hacía sonrojar, y sus ojos se cerraban en la lucha por recuperarse.

Caminamos hacia Taco Bell, con sus manos aún ancladas a mi brazo derecho, luchando por calentar siquiera la trivialidad de mi antebrazo. Los perdería todos con tal de conservar este y el calor que sentía en ese momento.

«Inés -le pregunté- ¿por qué usted cambió su forma de ver el amor? ¿Por qué se volvió más cínica? O... si me permite corregirme, ¿por qué lo intercambié por una definición mucho más amplia? ¿Qué serie de eventos la llevaron a eso?»

Ella pensó por un instante, se separó de mi brazo para pensar, y con inagotable delicadeza comenzó a hablar.

«Creo que en parte fue la decepción de ver el crecimiento y eventual desmayo en la relación de mis papás. Eso usted ya lo sabe, pero me desilusionó mucho, sobre todo porque chocó con el amor ficticio de las películas. El de las *chick flicks*, y esas cosas.

Luego que vez tras vez me topé con que me decepcionaba cuando alguien no me daba el amor como la gigantesca máquina norteamericana me lo había prometido, o como todo mundo me había dicho que debía ser. En parte era la inexperiencia, pues conforme fui creciendo y saliendo con gente, llegué a entender que todos tienen su propia forma de profesar el amor, y casi ninguna coincide con la patente norteamericana. A mi abuela, por ejemplo, usted no le saca un 'te quiero' de los labios. Pero cuando usted llega a su casa, ella siempre tiene listo un plato de comida para usted, y cuantos platos quiera luego de eso. Y cuando usted está ocupado, o estresado, ella lo busca activamente para ofrecerle algo, una tortilla con queso, una nimiedad si quiere, pero algo con tal de ayudar. Y es que esa es su forma de amar. Luego estaba este chavo con el que salí un tiempo, que detestaba con todo su corazón que le pidieran favor de ir a dejar algo o a alguien a algún lado. Lo detestaba, y él así era. Pero en el tiempo en que estuvimos saliendo él llegaba por mí a mi casa y me llevaba de vuelta. Y no lo hacía porque se sentía forzado a hacerlo, sino porque para conmigo le nacía hacerlo. Luego que quizá fallaba en muchos otros cuidados quizá más estereotípicos que tengás que tener para tu pareja, porque él tenía muy claro que su forma de amar era esta, y no había razón para cambiarla. Pero si mi visión de las cosas hubiese sido una de frustrarme por no recibir de él el cariño estereotípico, la habría pasado mal. La pasé mal, de hecho, en otros momentos en donde exigí un tipo de amor específico, cuando el que las personas podían y querían dar era distinto.

Así que creo que eso fue lo que provocó el desencanto. Pero más allá de eso, creo que me abrió los ojos a la infinidad de diferencias minúsculas y bellas que caracterizan a cada uno y a la forma de expresar su cariño » -dijo finalmente. Y con el silencio que caracteriza el entendimiento seguimos caminando, uno al lado del otro, buscando comida en la ciudad blanca. »

Tacos

El restaurante estaba cargado de carne, tortillas y gente. La cola se extendía metros y esperamos en la fila para ordenar. Inés bailaba mientras esperábamos, y yo trataba de concentrarme en el momento. Trataba de absorber la situación, de recordar todos sus recovecos y la forma de su sonrisa.

De no olvidar lo que podía ser la última vez que la veía en un largo tiempo.

La abrazaba luego de haber ordenado, y recuerdo haber cerrado los ojos por un momento mientras sentía su respiración resonar con mi cuerpo. Sus pechos tocaban mi costado y su cabeza estaba recostada sobre mis hombros. Mi mano se posaba sobre su cintura y podía sentir la piel suave bajo su suéter. Hoy me cuesta recordar la sensación completamente, soy incapaz de recrear las sensaciones si no la tengo al lado, pero intento dejarlo en palabras para no olvidar. Escribo para luchar contra el tiempo, que todo lo engulle si no te percatas. El tiempo que se detiene cuando escribo, y puedo sentirla a mi lado una vez más.

Una vez sentados a la mesa, Inés tenía dos burritos al frente y un par de bolsitas de chile. Años de trabajo y

estudio conjunto le dejaron una gastritis que se rehúsa, en ocasiones, a tomar en serio. Ese fue uno de esos días.

Con un hambre que la destrozaba por dentro, Inés tomó la bolsa de chile y la abrió con infinita delicadeza. Como quien se mueve por la vida con cuidado, exprimiendo el presente en busca de todos sus pequeños detalles. Yo tomé la bolsa de sus manos y le advertí por su gastritis. «Mejor no le eche», le dije sonriendo. Ella me vio con ojos sorprendidos y se rió. «Pero... -me dijo mientras sus ojos se cerraban levemente en arruguitas adorables- ¡es que así sabe más rico!» La realidad es que su ternura destruye cualquier forma de aprensión.

Un poco de chile, luego una mordida. Inés retrajo sus manos y las posó sobre la mesa. Viendo al suelo me dijo...

Yo solo quiero morir feliz

En su momento no entendí. En su momento me reí, y continué luchando por apreciar el momento. Por sentirla frente a mí y recordar sus crestas y sus valles. Pero el momento pasó, Inés terminó de comer y salimos a caminar. Recuerdo haber visto su mano al lado de la mía, recuerdo haberla tomado con fuerza y recuerdo sentir la seguridad de nuestros dedos entrelazados. Recuerdo que por el resto de tiempo que transcurrió, me sentí feliz, pleno y en paz. «Estoy en paz, un día más», le escribí alguna vez cuando éramos novios. Ese día también lo estaba.

Hoy ha amanecido e Inés ya no está a mi lado. Lo que transcurrió en la noche parece, a lo lejos, una visión onírica inalcanzable. Pero me siento a escribirlo para volverlo real. Me siento a escribirlo para entender que esa noche nuestras

almas se unieron como nunca lo habían hecho. Mostraron infinita comprensión y una honestidad tan brutalmente real que me trae lágrimas recordarla.

Inés solo quiere morir feliz. Pero acaso, ¿no queremos eso todos? ¿Acaso no coartamos nuestra propia felicidad a cada momento? Ella abrió sus puertas esa noche y me mostró sus túneles más oscuros. Deshiló su piel y me mostró los hilos caídos, los que la han hecho sufrir y los que la han hecho feliz. Los que aún la atan y sigue sin saber cómo desenmarañar. Inés me mostró con esas palabras que «prometió ser siempre honesta conmigo», y siempre lo fue.

Con el peso de un mundo encima, la quiero.

Próxima parada

A ti te esperé por todo el mundo. A ti y a tus muchos rostros.

Al rostro de la jovencita que me ignoraba e inflamaba de a pocos. Al corazón puro que quise en medio de las olas de mi pubertad incipiente.

A la cintura y las piernas que me desgarraron los labios por primera vez. Al pantalón pegado, a las blusas destapadas. A ese par de nalgas. A todo eso que hoy me trae recuerdos inflamables de noches frías y pechos calientes.

A los inmensos ojos de la inocencia perdida que me suplicaban una segunda oportunidad que no di. Al pelo enmarañado que caía sobre hombros suaves, al rostro de pureza extraviada que me rechazó cuando lo quise y me buscó cuando lo aborrecí. Al primer ser que quizá nunca entendí.

Al amor sin declarar, a las palabras de mariposa que revoloteaban en mis oídos. Estás donde el sol sale cuando la luna acá nace, pero yo veo la sombra de tu pelo largo, que me amarra los zapatos, que me pregunta por mis días. De haber sabido, guapa, que tú también querías.

Al amor duradero. Al que destapó inseguridad. Al amor que en su tiempo odié, pero que hoy aprecio. A ese amor de planetas que se orbitan, poblados por seres extraños y dispares, todos con telescopios y binoculares. Ese amor

que hoy se admira de lejos, que se conoce herido, recóndito, con el romance sepultado entre cráteres empolvados. El amor tectónico que mutó continentes. Ese amor que tanto valió, que tanto costó, y que tanto duró...

Al amor de verano. Que duró la canícula pero poco aguantó el frío. Al amor que nunca vi desnudo, al amor que sentí con los dedos, al que apreté con mis manos y sobé con mi aliento. El amor por el que sudé letras, el que me mostró flores y jacarandas, el que me tomó las manos con fuerza... y me dijo adiós. Al amor destinado a morir, que tanto quise revivir.

Al amor. Por el que abordo trenes y desato escándalos. Al amor que quiero con fuerza arqueológica, antediluviana, prehistórica. Al amor que mueve montañas y drena mares.

Al amor que vendrá cuando las sirenas callen.

El modo americano de morir

Una ventana empañada y dos cuerpos desnudos. Un cigarro luego del sexo. Ella sentada a la cama, con la espalda pegada a la pared. Él, con una caja en la mano, con la mirada fija en la ventana. *Miami Suites*, leía el cartón. Amarillo ocre, con la foto de una metrópolis costera y estadounidense en el frente.

Él se acerca al radio y reproduce una canción. *Summertime*, de Louis Armstrong y Ella Fitzgerald. La escena lo tiene a él caminando por el cuarto, a ella sonriéndole. Fuma mientras chasquea los dedos al ritmo del contrabajo. El tiempo pasa, la lluvia fuera choca contra la ventana del apartamento, y de entre la nada la voz de Ella Fitzgerald inunda el lugar con su magnificencia. Majestuosa, intercambia el lugar protagónico con la trompeta que inició la canción. Los instrumentos la acompañan, bailan con ella, juegan con sus cuerdas vocales.

Louis Armstrong luego no pide permiso. Irrumpe el cuarto con voz impetuosa, rasposa, que sale como el alud que ruge. *One of these mornings, you're gonna rise up, singing*. Luego ambos, Louis y Ella, cantan juntos, bailan juntos, sus voces agarrándose de las manos, llevándose por callejones oscuros y memorias de niñez inocente.

—Cierra los ojos e imagina. ¿A dónde te lleva esta canción?
—le pregunta él mientras se apoya contra el mueble que sostiene al radio. Se lleva el cigarro a la boca y espera.

Ella cierra los ojos. Él ve su cuerpo desnudo fibrilar. Sus manos ciñen levemente las arrugas en la sábana. Mi tío abuelo, Roberto Choxom, murió cuando él tenía veinticuatro, le dice. Era un hombre pequeño, de pelo ralo, que usaba chaleco con rombos y pantalones caqui. Fue escritor, y quisiera pensar que lo fue hasta los últimos días. Nació en una aldea pequeña, en Puerta Abajo, de donde salió a los quince años para trabajar en la capital. Enviaba dinero de vuelta a casa, me contó mi madre, y allí, encerrado y a oscuras en algún cuarto barato de trescientos quetzales mensuales empezó a escribir. Vivió así hasta los dieciocho, con el cuarto abarrotándose de hojas arrancadas y servilletas con textos inconexos. Debió existir alguna trama invisible entre cada texto que solamente él podía vislumbrar. A su familia le envió una carta, les dijo que luego de tres años tenía que hacer algo con su vida, les envió los últimos mil quetzales del mes y les dijo adiós.

Se mudó a México. Entre favores y dolores llegó al D.F., con cincuenta pesos en la bolsa y una caja llena de papeles y servilletas. Empezó a trabajar como ayudante del piloto de un bus, a quien convenció inequívocamente de que le era necesaria su ayuda, pero al tiempo lo despidieron. También trabajó de chofer, pero lo despidieron; trabajó como conserje en una escuela pública, lo despidieron; trabajó como policía en centro comercial, lo despidieron. Lo despedían porque lo encontraban sentado, escribiendo, a media mañana o a cualquier hora. El trabajo era una excusa para escribir, vivir era una excusa para escribir. Finalmente encontró un trabajo que le permitiría escribir sin reparos. Limpiaba calles para la municipalidad. Poco lo supervisaban, y los peatones lo encontraban sentado en el arriate con la escoba y el costal al lado, y un pequeño cuaderno de páginas amarillas en mano. Escribía con euforia y tomaba

largos descansos en los que fijaba la mirada en la gente que iba y venía frente a él. Ocasionalmente, le asignaban limpiar las banquetas frente al Hospital Nacional, con todas sus desgracias y descuidos, y mi abuelo escribía sobre la gente que veía, sobre los enfermos que veía entrar y los muertos que veía salir.

Finalmente alguien, un doctor, se dignó a preguntarle: y usted, ¿qué tanto escribe? A lo cual él respondió, sarcástico: y usted, ¿qué tanto vive? El Doctor fue su amigo por algunos años. Él tenía conocidos en una editorial local, independiente, a quienes llevó algún grupo selecto de sus cuentos. La noche anterior mi tío abuelo la pasó en vela, escogiendo, vislumbrando esa trama invisible entre el desorden de sus ideas para presentar *Doce Cuentos Inconexos*, el título de su primer libro. Lo publicaron luego de algunos meses, pero mi abuelo continuó trabajando de barrendero para la municipalidad. Los halagos llegaron lento, y la editorial le contactó en el marco de un año de renovación para que publicase con ellos de nuevo. ¿Ha pensado escribir una novela?, le preguntaron. Tengo algunas en mente, respondió, siempre sarcástico, pero la novela nunca llegó a imprimirse... la municipalidad lo despidió. Luego de tres años en el oficio se sintió abandonado, abandonado por un ente que poco lo conocía, que poco sabía sobre su impetuosa relación con la escritura. Tiró todo, escoba y costal y las primeras cincuenta páginas de la novela y se fue a Estados Unidos. Se despidió solamente del doctor. Entró un día a la recepción del hospital y lo mandó a llamar. Así que te vas..., dijo el doctor con la mano arrugada apoyada en el mostrador de la recepción. Cuídate, ¿sí?, y escribe, escribe todo el camino al Norte. Mi tío abuelo nunca se acostumbró a que lo tutearan. Gracias, vos, le debió haber dicho. Quiero pensar que lo abrazó, pero me contaron que él siempre fue de gestos fríos.

A Estados Unidos entró fácil. Antes del 911 era más simple, claro. Para ese momento debió tener veintitrés, quizás, y empezó a trabajar como seguridad en una planta de producción de productos plásticos. Hacían sillas, mesas, juguetes, el dueño era un iraní calvo y gordo, confianzudo y bochornoso. Mi tío abuelo fue seguridad en la planta por un año y en ese tiempo nunca escribió. Llevaba su cuaderno pero había perdido los ánimos. La vida se asentó alrededor del trabajo hasta que un día el iraní lo llamó. Le preguntó por su cuaderno, le exigió que se lo mostrara, así que Roberto Choxom hizo tal y como le pidieron. El iraní se llevó su cuaderno y volvió con él hasta el siguiente día. Claramente emocionado, quizás hasta excitado por la poesía erótica que mi tío abuelo frecuentaba escribir, le dijo que necesitaba leer más. ¿Has pensado en escribir una novela?, le preguntó, y mi tío abuelo recordó la primera vez que escuchó esa pregunta. Una novela sucia, agregó, y Roberto Choxom debió resoplar en pasividad agresiva. Lo ascendieron a supervisor de seguridad. Le pidió que escribiera, en el almuerzo o en el tiempo libre, y mi tío abuelo volvió a sonreír. La municipalidad ahora tenía la cara de un iraní calvo y gordo, confianzudo y bochornoso.

Veinticuatro años, ahora supervisor de seguridad y con una novela en el horizonte. Ella se quedó callada. *Summertime* aún sonaba en las bocinas, se repetía casi con cada vez que él exhalaba. Afuera aún llovía y las gotas condensadas resbalaban lento e inconexas por la ventana. La caja de *Miami Suites* ahora iba por la mitad. Esta es la parte que más me entristece, dice ella. Me imagino a mi tío abuelo, caminando contento por la planta, pasando al frente de la oficina del iraní, chasqueando los dedos al ritmo de esta canción, escribiendo en los almuerzos y en el tiempo libre, llenando escritorios de páginas y páginas. Imagino que

en un momento le llaman para despejar una sección de la planta que tendrá renovaciones. Lo veo caminar tranquilo, asentir con optimismo y dejar su lápiz y cuaderno a un lado. Ya pronto volverá, y la música sigue... Le llevan a una sección grande con una faja transportadora. Le piden que se haga cargo de la limpieza de la faja. Él pregunta por qué debe hacerlo él, y no alguno de los conserjes. Le indican que ha habido redada de migración y se han llevado a muchos de los trabajadores. Que hasta que contraten a algunos nuevos deberá él encargarse de esto. Él asiente de nuevo, y le dejan solo. Se abre la camisa pero no se remueve el cincho, donde lleva las llaves de la planta entera. Trae una escoba, una pala, un costal y algunos trapos. Limpia mientras se recuerda de las tardes apacibles frente al Hospital Nacional en México y del doctor que alguna vez creyó en él. Se sube a la faja para desocuparla y recorre sus recovecos mientras la sacude. Una esquina es particularmente difícil de limpiar. Metódico, se agacha y estira para alcanzar el polvo refundido. Cuando se levanta de nuevo las llaves se han atorado en uno de los cilindros que mueven la faja transportadora. La música se detiene bruscamente, y él jala las llaves con fuerza. No ceden. Estira su mano por debajo de la faja y trastoca las llaves para liberarlas del extraño asir que lo mantiene inmovilizado. El manojo de llaves está parcialmente atrapado y el ángulo en el que se mantiene agachado le imposibilita removérselas del cinturón. Y él, como yo, como mi madre, como el iraní algunos minutos después, nunca supo por qué en ese momento encendieron la máquina que estaba en mantenimiento. Lo que sabe es que sus dedos, atrapados entre los cilindros giratorios, se rompen mientras su cuerpo y la faja se alejan de su mano atorada. Lo que sabe es que le llueve sangre por la muñeca y el crujir acuoso de sus huesos apenas se oye tras los gritos de agonía. La faja continúa moviéndose y finalmente la piel, que es lo

único que queda, cede. La mano queda colgando de los cilindros y él se libera. Roda y cae al suelo. Su antebrazo derecho sobre el suelo, llenando un lago de sangre sobre cemento. Sangre que rápidamente se ennegrece, y él respira profundo, luchando por mantener el conocimiento. Algún alma que ha escuchado sus gritos llega, se agarra la cabeza ante la grotesca escena que encuentra, llama a los bomberos y no hace más. No le hace un torniquete, no intenta que la sangre deje de fluir. El iraní llega luego. Los bomberos le piden una identificación del hombre que yace pálido en el suelo. No hay. ¿Es indocumentado?, y el iraní permanece callado. Se lo llevan. En el hospital hay prioridad para ciudadanos, y el Hospital de Santa Fe está atestado de ciudadanos norteamericanos, pobres y gordos, que esperan por infartos o por diabetes.

Mi tío abuelo queda fuera. Se desangra en la camilla. Los bomberos le han dado transfusiones pero la sangre sigue saliendo. El iraní espera junto a él, grita que necesita que le atiendan, pero le ignoran. Ya, ya te vamos a traer ayuda, Roberto, le dice en inglés. Mi tío abuelo asiente con un parpadeo. Le pide que se acerque con la mano izquierda. Oye, le dice al iraní, ¿es este el modo americano de morir? Y el iraní llora. No, Roberto, no lo es, pero poco más puede asegurarle. Roberto ha perdido el color del rostro y respira tres veces más. El iraní, alguna vez confianzudo y bochornoso, hoy se arrodilla en la sala de emergencias pidiendo ayuda. Los que esperan en las butacas le ven pero rápidamente voltean la mirada. Sus hijos se quedan jugando al *gameboy* y poco escuchan del dolor ajeno. Los mismos hijos que en treinta años llevarán a sus padres a hogares de ancianos para deshacerse de ellos. Algunos mueren antes, por indocumentados, y otros mueren después, por despiadados. Pero todos mueren. Este es el modo americano de morir, piensa el iraní, mientras ve

la última mano de Roberto caer finalmente al lado de la camilla.

—Summertime me entristece—le dice ella.

—Carajo, la ironía—le responde él, mientras ve la caja de *Miami Suites* sobre el mueble. Sobre la caja la escena de una ciudad costera y estadounidense, con mil muertos caminando por sus aceras.

Feliz cumpleaños, abue

La luz penetra ocre dentro de la habitación y pinta en ella calma momentánea. Pequeñas elipses danzan en las paredes conforme el sol, que avanza hacia el horizonte, evapora y juega con las gotas aún colgadas de la ventana. Una delgada columna de luz es especialmente notoria. Con motas de polvo revoloteando en ella, la columna avanza a lo largo del brazo del sillón de abuelita hasta caer en Carmela.

Carmela no ha crecido en años. Mide veinte centímetros y sus ojos, azules y penetrantes, siguen sin fatiga. Su piel, plástica y brillante, no envejece y sus pocos cabellos parecen inamovibles. Venga viento o marea, Carmela sigue sentada sobre los muslos de abuelita y cuando la luz destella sobre su piel ella abre los ojos.

De nuevo, como si fuese la primera vez, abuelita murmura en el dialecto que solo ella y Carmela comprenden. A lo lejos se distingue la leve coordinación entre el temblor de las manos de abuelita y el movimiento de sus labios. Asumo que sigue regañando a Carmela, la muñeca, pero ahora solo observo.

—Abuelita—le digo—, hoy es mi cumpleaños, ¿sabe?

Ella me escucha, pero sigue concentrada en la pequeña muñeca de plástico. Sus dedos, largos y refinados, aún sostienen las manos de Carmela.

— ¿Sabe cuántos años estoy cumpliendo? Estoy cumpliendo veintiún años, imagínese. Pero yo me siento igual que ayer. Usted también está cumpliendo años. ¿Sabe cuántos está cumpliendo? ¡Noventa!—le digo mientras río y le acaricio la rodilla.

Espero a que absorba lo que acabo de pronunciar y luego vuelvo:

— ¿Cuál cree usted que es la diferencia entre veinte y noventa, abuelita?

Ella finalmente vuelve la mirada y me mira titubeante. Abre la boca, saca levemente la lengua y luego la cierra. Repite el proceso varias veces hasta que regresa la mirada con Carmela y dice:

—Lo que pasa es que si uno estuviera acostumbrado ya no sería tan difícil.

—¿Acostumbrada, abue? ¿A qué no está acostumbrada?—le pregunto rápidamente, sorprendido por la puntualidad de su respuesta. Abue, por supuesto, no responde. Creo que espera a que yo entienda; tal vez no hoy, o mañana, pero que conforme a la eventualidad de la vida, yo entienda. Quizá, que entienda que la vida no espera a que nos acostumbremos, y que la verdadera diferencia entre cumplir dos décadas y cumplir nueve radica en que uno se da cuenta de eso con el tiempo. Uno lo vive. Porque solo se tiene un año para acostumbrarse a vivir el siguiente, y es difícil encontrarse a sí mismo entre el correr y el ajetreo.

La realidad es que ella habla menos ahora, de labios para afuera, pero dice tanto más en su silencio. Porque ya no vive solo en sí misma, sino que vive en sus hijos, en las historias

que vienen de ellos, ahora más frecuentes y específicas, en las llamadas tarde y en los mensajes de apoyo. Sobre todo, la veo en las historias espontáneas. Y trato tanto más de apreciar las pequeñas frases que se cuelan entre la niebla de su débil memoria.

Hoy, abuelita y yo cumplimos años y, en medio de la suave tarde que la tiene a ella durmiendo y a mí escribiendo, intento fútilmente adelantarme setenta años en mi historia para comprenderla.

Felices noventa, abue.



Dan Isaí Álvarez Ruano

Dan Isaí Álvarez Ruano nació en la Ciudad de Guatemala en la madrugada del 27 de Agosto de 1996. Veinte años después, luego de una conversación con su abuela, encontró en las letras una barrera contra el tiempo, que todo lo engulle si no te percatas. La desaparición de las flores es su primer libro.

Antología



La desaparición de las flores es una canción que endulza el corazón en tardes lluviosas, que me hace traer a la memoria pequeños recuerdos y sentirme cómo si estuviera en una fotografía en sepia viviendo cada una de las historias que contiene, gracias a la forma en la que cada uno de los cuadros presenta una íntima vista hacia el corazón en diferentes ángulos. Su encanto reside en la madurez y crudeza con la que se presenta cada historia, que van de la mano de una narrativa vivaz que resulta casi hipnótica.

- Valerie Soberanis



EDITORIAL
UNIVERSITARIA

ISBN: 978-9929-8073-8-9

